

Coordinador
JAIME COVARSI

**BIBLIOTECA MUNICIPAL
JUAN PABLO FORNER**

TALLER DE ESCRITURA RELATOS

24 AUTORES PARA 24 HISTORIAS

**JAIME COVARSI
RAMÓN S. RAMOS
PAQUI CALLE MATAMOROS
PEDRO MUÑOZ BARCO
RAFAEL SANTANA CARRASCO
ÁNGEL M. FELICÍSIMO
MARIVÍ GODOY OLEA
PURA BERNARDINO
AMELIA LARA NARBONA
IZASKUN MORAL ECHEVESTE
JOSÉ LUIS MAÑAS NÚÑEZ
ANGEL CARLOS MARTÍN FRADES**

**NURIA RIVERA P.
ROSA M^a CORTÉS BARRENA
MARÍA ÁNGELES SERRANO
MAGDALENA ORTIZ MACÍAS
LALY CABANES
PILAR GARCÍA SÁNCHEZ
MARÍA JOSÉ CID PRIOR
PURA CABALLERO SÁNCHEZ
M^a DOLORES OLGADO
JULIO RICO CAÑADA
MARLIN CAROLINA GUTIÉRREZ
CLARA ISABEL GÓMEZ NESTARES**



2025



RELATOS

24 AUTORES PARA 24 HISTORIAS

TALLER DE ESCRITURA
BIBLIOTECA MUNICIPAL
JUAN PABLO FORNER
MÉRIDA
2025

Edición en papel.

© de los autores de cada relato; edición no venal.

Ediciones digitales.

Licencia CC-BY-NC-ND.

(Atribución-NoComercial-NoDerivados 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Se permite la copia y redistribución digitales de este libro de relatos reconociendo las autorías, sin modificaciones y sin uso comercial.

Portada y diseño: Á. M. Felicísimo.

Edita: Biblioteca Municipal Juan Pablo Forner, Mérida.

Presentación

Un libro es un animal salvaje, aunque los lectores de forma habitual creamos que, por tenerlos en nuestras manos, están a nuestra merced y obedecen nuestros caprichos. En nuestra complacencia los vemos domesticados a cada individual gusto, pero nada más lejos de la realidad, sin darnos cuenta cada lectura nos devora.

Leni, como Directora de la Biblioteca Municipal y conocedora experimentada de su naturaleza y costumbres, tiene claro que es tan importante cuidar de ellos como de sus lectores, por ello organiza a los segundos con mimo en los Clubes de Lectura, para que en grupo se ocupen de cada uno de ellos con la precaución debida. Con la confianza que da nuestra Biblioteca, hace varios meses se organiza un Taller de escritura que supone una vuelta de tuerca más y un nuevo camino en el fomento de la lectura en adultos. En esta ocasión se unía la mirada crítica, reflexiva y analítica que caracteriza a la lectura con esa misma visión con la que ahora se pretende valorar las obras de la literatura clásica y contemporánea de autores bien consagrados como noveles, y lo más novedoso, ahora son los propios participantes los creadores de textos literarios que se someten al análisis de sus propios compañeros y del profesor que es el que aporta las técnicas y los recursos literarios y lingüísticos para cumplir sus sueños de convertirse en escritores.

No uno, sino dos grupos han participado en este Taller de escritura de la mano del profesor y escritor Jaime Covarsí. Con él han disfrutado de momentos de debate y reflexión que surgían en un ambiente propicio con un grupo heterogéneo y diverso.

Y de esa experiencia de enseñanza y aprendizaje surge esta publicación que ahora podemos leer titulada «Relatos: 24 autores para 24 historias» porque son veinticuatro las personas que han querido intervenir en esta publicación. El diseño y la maquetación en papel y en digital se colgará en la página web de la Biblioteca Municipal, obra de Ángel M. Felicísimo, uno de los miembros del Taller, que ha querido aportar sus conocimientos y sus recursos para favorecer el que los escritos salgan a la luz, por ello le damos las gracias a la colaboración desinteresada de este activista profesor universitario.

Desde la Delegación de la Biblioteca Municipal nos sentimos muy orgullosos de favorecer un proceso de lecto-escritura que tanto bien aporta tanto a los participantes que lo disfrutan directamente como a los lectores que a través de esta publicación nos imbuimos en su creatividad personal y aprendida.

Antonio Luis Vélez Saavedra
Delegado de Cultura y Biblioteca

Índice

<i>Yolanda</i> , Jaime Covarsí	1
<i>Buranhém</i> , Ramón Santos Ramos.....	5
<i>Cuando amas</i> , Paqui Calle Matamoros	11
<i>De vez en cuando la vida</i> , Pedro Muñoz Barco	15
<i>El maletín</i> , Rafael Santana Carrasco	19
<i>En la zona vacía</i> , Ángel M. Felicísimo	23
<i>¿Es suerte?</i> Mariví Godoy	29
<i>Instinto materno</i> , Pura Bernardino.....	31
<i>Ítaca</i> , Amelia Lara Narbona	35
<i>Psiquiátrico</i> , Izaskun Moral Echeveste	39
<i>La redención de la saga Rhodes</i> , José Luis Mañas Núñez	41
<i>La bandera y Pelopincho</i> , Ángel Carlos Martín Frades	45
<i>La decisión K</i> , Nuria Rivera P.	51
<i>Lunas de sangre</i> , Rosa M ^a Cortés Barrena	55
<i>En abril florecen los malinches</i> , M ^a Ángeles Serrano Caballero	59
<i>Porque no te abracé</i> , Magdalena Ortiz Macías	63
<i>Mi lista de relatos</i> , Laly Cabanes.....	67
<i>Miedo</i> , Pilar García Sánchez	71
<i>Sólo te pido media hora</i> , María José Cid Prior	75
<i>Piedra contra piedra</i> , Pura Caballero Sánchez	79
<i>Poemario</i> , M ^a Dolores Olgado	81
<i>Un lugar en el plano</i> , Julio Rico Cañada.....	87
<i>Corazón distinto</i> , Carolina Gutiérrez	91
<i>Y me puse el vestido verde</i> , Clara Isabel Gómez Nestares	95

Yolanda

Jaime Covarsí

Hoy no puede ser, me dijiste ayer, y no espero que cambie nada, te digo yo. No todavía. Y lo pronuncio para adentro, para mí, supongo, porque tú no quieres oírlo. Y todavía puede ser una puerta abierta hacia otro adverbio, hacia otra circunstancia del verbo que soy yo mismo. Tú no eres un verbo, me digo, y sé que te lo digo a ti,

no, porque no sabrás nunca cuántas veces me acosté en estas sábanas, pensando que eran las losas con piedrecitas incrustadas que acotaban la vereda que iba a la cancela, donde se componía tu nombre cada vez que cerrábamos sus dos hojas. Entre ellas, siempre crecía la hierba con un verdor asfixiante, como si todavía no supieran que se ahogaría en aquellas cuadrículas que había puesto el abuelo. Recuerdo que las cargaba en una carretilla en la caseta que se escondía detrás de la casa. Desde el porche podía escuchar el sonido ronco de la rueda avanzando hacia el caminito. Aparecía mi abuelo con un sombrero de paja (eso era el verano para él, eso y poner losetas, pensaba yo, al amanecer)

el rojo lo inundaba todo entonces, promiscuo, vergonzante, culpable. Luego el amarillo, que descerrajaba sin piedad y caía sobre mi cabeza, y yo sobre las baldosas del abuelo

písalas sin cuidado, hijo, me decía (yo no era su hijo, me decía yo). ¡Pero si no soy tu hijo, abuelo!, y él se incorporaba apoyándose en la pala, clavada en el suelo como una cruz, y se subía el sombrero para secarse el sudor. Siempre me sonreía y no contestaba. Quizá, pensaba yo, porque solo tenía seis años y a los niños de seis años, Yolanda, no se les explican las cosas, solo se les muestra, con gestos, con palabras elegidas con una precisión incomprensible, con cierto egoísmo en la boca (pero con un halo en los ojos...), porque me dejaba en ascuas, allí, incrustado yo mismo en las losetas, como si fuera una piedrecilla más

tú no lo sabrás nunca, te digo, porque no tienes los ojos azules del abuelo. Cuando puso la última loseta, lo miré con toda la profundidad que pude. Su mirada estaba gastada, Yolanda. Al menos, yo no vi nada o no supe ver. El azul intenso se había difuminado y

ahora se tornaba hacia el gris, como la argamasa de las losetas, pero él seguía sonriendo

siempre, y cada vez que lo recuerdo (Tú eres todo olvido para estas cosas), recuerdo que yo no era su hijo, Yolanda.

Es difícil no ser el hijo

de

como no ser, me figuro, otras cosas. Tú, por ejemplo, tampoco serás ciertas cosas, te digo. Yo, por ejemplo, nunca sabré cuándo perdieron el color los ojos de mi abuelo. Durante mucho tiempo he pensado que fue por decirle que yo no era su hijo. Pero él erre que erre, que sí, que yo era su hijo, porque todo lo acababa así, pásame la sal, hijo, hoy debes estudiar para el examen, hijo, límpiame los mocos, que qué van a decir tus compañeros, hijo, y yo que no, que no soy tu hijo, Yolanda, eso era lo que yo le decía, y así nos pasamos media vida.

Hoy no puede ser, me dijiste ayer. Todavía no.

Y yo te digo que todavía puede ser muchas cosas. Otras no, por supuesto. La hierba crecía una y otra vez: no importaba que la arrancáramos o que nos recostáramos sobre ella, dejando caer nuestro peso sobre el peso ya muerto de las losetas. Vuelven a salir, hijo, me decía el abuelo, y comprendía que éramos como la hierba. La hierba también erre que erre, y él que yo era su hijo, y allí estábamos aquella tarde, tumbados sobre el caminito de losas, sobre sus piedrecillas aprisionadas en su superficie, como reducidas a una dimensión, encarceladas en un escaparate de argamasa, mirando hacia las letras de la cancela

dos dimensiones y nosotros encima, con las nuestras, que son tres, le decía. Lo he estudiado en el cole, abuelo, y el abuelo sonriendo y sin decir nada. Se quedaba allí y me cogía la mano, gris también, de poner losetas, si yo le dejaba, y sí, le dejaba, porque me gustaba, la verdad, ay, abuelo, que yo no soy tu hijo, le decía, y tú no lo sabrás nunca, que allí había más dimensiones, me decía el abuelo, hay muchas más, hijo, pero no se ven, y yo cerraba los ojos y olía el olor a hierba, a tierra mojada y a baldosas mudas, con sus piedras puliditas y bien pegaditas, y su tacto de rastrillo diminuto sobre nuestras espaldas, escarbando en nuestra piel, y el cielo arriba, a veces cargado de nubes moviéndose

si se movían hacia la derecha, tendremos suerte, me decía el abuelo, hijo, ya verás. ¿Y qué pasa, abuelo, si se desplazan hacia la izquierda? Y entonces nos dábamos la vuelta, y asunto arreglado. Siempre irían hacia la derecha, siempre, porque la suerte dependía de nosotros, me decía, y sonreía con sus ojos apagados, grises como las nubes, yéndose poco a poco y yo me ponía a su derecha para que me persiguieran en esa dirección, para que él también tuviera suerte

y yo, que hoy me acordaría, como tantas y tantas noches en estas sábanas blancas que no huelen a nada. Todavía no. No todavía, No al todavía, me decía, te digo. Ya sé que hoy no podrá ser. Es difícil no ser algo, que algo no sea algo, eso es imposible, y me acuerdo del abuelo mirando el cielo antes de echarnos sobre las briznas nuevas de hierba entre las losetas, con su mano protegiéndolo del sol, cubriendo lo que quedaba de su mirada, olfateando con su inteligencia el rodillo de nubes de cualquier tarde, solo para tumbarse en la posición correcta, ver cómo la vida también puede irse hacia la derecha, como tú, que huyes,

pero no sabes que lo haces por el lado de la suerte, Yolanda, hoy no puede ser, cariño, me dices, y yo sonrío sin decir nada al otro lado del teléfono (aunque tú no me vas a ver como yo veía al abuelo, no te preocupes, hijo, si es necesario, le damos la vuelta al cielo, solo tenemos que girar sobre nuestro estómago)

el estómago, centro del universo, engranaje de todos los movimientos, el estómago de los girasoles, que le dan la vuelta al sol de la mañana a la tarde, y el sol, pobre ingenuo, que cree recorrer el firmamento

y la mirada del abuelo apagándose bajo un mar de nubes,

un día para siempre, y yo duermo en estas sábanas. Mi compañero no habla mucho, Yolanda, yo sí, le cuento cómo me tumbaba al lado del abuelo a mirar lo que había entre nosotros y el cielo, entre nosotros y las nubes, que se marchaban con la suerte entre sus paños grises, y eso era nuestra mirada, Yolanda, lo que solo él y yo veíamos en esa inmensidad vacía, si no sabías mirar,

y entre ellas, a veces, salían algunos rayos de sol, como briznas de hierba que morían en el rodillo de nubes, y luego, vuelta a salir, y otra vez a morir entre los grises

Tú no sabes mirar, todavía no, Yolanda, quizá otro día, quizá tus ojos, como los del abuelo, algún día se gasten, porque también son azules, me dice el abuelo, y puede que se tornen poco a poco en grises, puede que así sepas todo lo que te perdiste al irte, yo le digo que no, que solo los suyos son azules

no te preocupes, hijo, me decía el abuelo, que algún día vendrá a por ti y no te soltará, te agarrará fuerte. Tendrás que darle tiempo antes de que te llame hijo, hijo. A mí nunca me llamó padre cuando era necesario, cuando ya no necesitaba que la llamara hija, hijo, pero a ti sí vendrá a buscarte

la hierba sigue creciendo entre las baldosas. No deja de asomar su agonía inútil, su muerte contradictoria. Aunque hoy no todavía, aún no, me dijiste, aún no, te dije sonriendo al otro lado del teléfono, como para dejarte en ascuas, al otro lado, en realidad, de las losetas, de la hierba asomando su muerte, de los rayos reverdeciendo entre las nubes y del azul grisáceo del abuelo, que miró por última vez hacia el final de la vereda, donde la cancela sostenía como barrotes, las letras de tu nombre, Yolanda.

Buranhém

Ramón Santos Ramos

Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir (Jorge Manrique).

Nuria

El martes 25 de octubre de 2022, a las 8,20 hora local, sonaron tres disparos imprevistos y despiadados. Sucedió en el restaurante «Os Ribeirinhos», en la isla Pau do Macaco, situada en el estuario del río Buranhém, provocando una desbandada de aves que inundó la mañana con los colores de gavilanes, guacamayos, tucanes y un sinfín de aves silvestres y marinas que, a aquella hora tan temprana, descansaban apaciblemente en los bosques y manglares de las márgenes del río.

Tres minutos más tarde sonó un cuarto disparo: seco, implacable, feroz, con el eco inconfundible del tiro de gracia. Un luto azul púrpura, reflejo del bosque de jacarandas que adornaba la orilla derecha del río, estremeció el vuelo de las aves, que desaparecieron del cielo y volvieron a sus refugios con el miedo entre las alas, como si, también ellas, estuvieran en peligro de extinción.

Los tres primeros disparos mataron a David Esteve, mi padre, el mejor padre que se pueda imaginar. Un arrepentido estafador de mala muerte que huyó hasta aquella esquina del mundo en busca de un futuro que ni su trabajo, ni sus amigos, ni su familia, en especial mi afligida madre, le podíamos ofrecer.

El cuarto disparo ejecutó a Erika, una brasileña de rasgos vikingos, ojos verdes, sonrisa clara, serena, bondadosa, con la energía, la vida y el amor que mi padre necesitaba. Me contó que la conoció al poco tiempo de su primera huida, allá por 2008, en Arrials D'Ajuda, un suburbio de casitas de colores a la orilla del mar, que celebra cada luna llena como si fuera el último plenilunio de sus vidas. Aquella noche surgió del fondo del mar una luna enigmática, gigantesca, de plomo rojo que, reflejada en el agua, parecía un mar de lava, quedándose prendado de la silueta de una mujer diminuta, misteriosa, de ondulados movimientos, a la que se acercó para

preguntarle qué le podía ofrecer. Por suerte, ella solo necesitaba una sonrisa y él disponía de la más seductora. Ella fue su vida.

Renato

Conocí a mi padre el día que cumplí seis años. *Mãezinha* Erika me había advertido el día anterior que tendría el mejor regalo de cumpleaños de mi vida. La *avó* Nelinha, pesarosa y distraída, como si vagara por otro mundo, llevaba un tiempo susurrando indescifrables plegarias en guaraní que, con la sonrisa cómplice de *mãezinha*, auguraban que algo mágico iba a suceder.

Alguna que otra vez, papá David me recordó que, la primera vez que nos vimos, no me anduve por las ramas y mis primeras palabras fueron: «*¿Você quer ser meu pai?*». Era una persona generosa, trabajadora, entrañable. Sus dos grandes pasiones fueron su familia y su cocina.

Fue el primero en contarme que mi padre biológico nos abandonó a *mãezinha* y a mí antes de que yo naciera, y raro era el día que no me hablaba de mis hermanas. No de sus hijas, de mis hermanas. Nuria tenía mi edad, era su cielo, la niña dulce y soñadora que conocí en mil videollamadas de Skype y por la que, yo también, siento adoración. Rosa, me contó un día, «*es como la desembocadura del río Buranhém: sinuosa, impenetrable, confusa, repleta de pequeñas islas misteriosas, a veces peligrosas, siempre inaccesibles*». Rosa era su debilidad y su desolación. «*Algún día conseguiré hablar con ella y obtendré su perdón*», repetía casi a diario. No lo pudo hacer.

Papá se había especializado en el guiso de paellas y cada mañana, cuando él llegaba a la cocina, las verduras estaban recién traídas de la huerta y los mariscos recién comprados en la lonja. Tan solo tres productos, y no en pequeña cantidad, había siempre en la alacena: el aceite, que procedía de los olivos milenarios de Siracusa, perfumado, decía él, por los ojos verde oliva de Minerva, patrona de los artesanos y diosa de la sabiduría; el arroz redondo que llegaba de las tierras de Denia y le daba un aroma mediterráneo, imprescindible en cualquier paella; y, para culminar el punto de olor, sabor, color y luz dorada de cada ofrenda diaria, el azafrán, el oro rojo afrodisíaco,

que viajaba desde los campos violetas de Isfahan, la ciudad más hermosa que había conocido y de la que siempre me habló con pasión desmedida.

En la cocina siempre había un silencio ceremonial, salpicado por el crepitar de las verduras, el burbujeo suave que se provocaba al añadir el caldo y el murmullo generoso y solemne que producía la mezcla de todos los alimentos. Ese silencio me recuerda al que vivo en este momento, acompañado de las lágrimas y los sollozos de la *avó* y mis hermanas. Rosa no se ha separado ni un solo instante de mí. Es ella la que más me cuida, la que me hace entender que la muerte de los seres queridos no tenemos por qué superarla, que la tenemos que asumir e integrarla en nuestra propia existencia.

Diez días después del asesinato de mis padres, nos entregaron sus cadáveres. Con ellos vino el comisario Euler Gonçalves, un tipo flaco y oscuro, de nariz retorcida e impasible mirada. Nos contó que tenía un gran número de testigos que habían escuchado los disparos, pero que nadie había observado nada. «*El Buranhém se traga los ojos de las malas personas*», dije. Nos enseñó una fotografía, del que dijo asesino confeso, que Rosa no miró y la *avó* observó de reojo, sin poder evitar decir: «*Nestes países é difícil diferenciar o rosto de um criminoso do de um policia*». Nuria, miró la foto con desprecio y yo recordé la cara de aquel hombre. Fue allá por 2012, mis padres, casi sin tiempo, tenían que viajar a España. Luego supe que papá había decidido presentarse ante las autoridades españolas para ser juzgado por un delito que había cometido cuatro años atrás. Tenían que buscar un casero que cuidase del restaurante y la isla. A papá no le gustaba el tal Eliandro Ferreira, pero *mãezinha* lo convenció con el argumento de que conocía bien la zona y que, en aquellas circunstancias, no tenían otra opción. A cambio de sus servicios, le entregarían una pequeña parcela de la isla.

A papá lo condenaron a cinco años de cárcel y *mãezinha* decidió quedarse en España con él, hasta el final de su condena. Se suponía que la isla estaba en buenas manos y la *avó* me cuidaba con devoción, pero no tardamos mucho en saber de las andanzas de Eliandro. Fue la propia policía, imaginamos que por la denuncia de una banda rival, la que nos informó de que en una redada habían descubierto una gran cantidad de armas y drogas en la isla de nuestros padres.

Aquel fue el principio de la versión oficial de los acontecimientos que ocurrirían diez años más tarde. El comisario Gonçalves, con voz disecada, manifestó: «*Quando Eliandro foi descoberto, ele fugiu; seus pais voltaram e nem pensaram em cumprir a promessa, entre outras razões, porque o contrabandista e traficante ainda estava em fuga; o restaurante ficou muito famoso e Eliandro voltou para os matar por vingança; o seu próprio filho testemunhou há poucos dias que recebeu un telefonema do pai a confessar o crime*». Todo, muy rápido. Todo, demasiado fácil de creer. Todo, tan turbio como la propia voz del comisario, cuando al despedirse sin tan siquiera decir adiós, sentenció: «*Caso fechado*».

Hoy, 9 de noviembre de 2022, noche de luna llena, cumpliremos el deseo de nuestros padres y esparciremos sus cenizas en la orilla de su isla, como si en el Buranhém confluyeran todas las corrientes de todos los ríos.

Rosa

Supe de las estafas y mentiras de mi padre en el recreo de las once, rodeada por un corro de hienas pecosas que me gritaban «*¡Ladrona!*». Doña Amparo, la profesora de Lengua, me salvó de aquella jauría y pudo introducirme en la sala de profesores, a la espera de que mamá viniese a recogerme. Mamá llegó, estuvo balbuceando y sollozando largo rato sin pronunciar palabra. Por la cara de Doña Amparo supe que algo grave estaba pasando. Ya en casa, supe la verdad y, obligada por las circunstancias, empecé a tomar decisiones. Nuria tenía 6 años y era una princesita; mamá había sido diagnosticada con un trastorno depresivo mayor y papá había huido a no se sabía dónde. Yo, tan solo tenía 12 años, pero algo tenía que hacer.

Con la ayuda de los abuelos, conseguí que nos mudáramos a la otra punta de la isla y allí empezó mi recorrido por angustias y problemas que, por edad, aún no me correspondían. Al mismo tiempo que cuidaba de mi madre y mi hermana, empecé a acumular sentimientos de miedos, resentimientos y reproches a todo lo que me rodeaba. El pánico a no volver a saber de mi padre se incrementó cuando recibí su primera llamada y decidí no cogerla. Tengo su huida en un nudo secreto de mi garganta con un letrero que indica «prohibido olvidar». La vida iba y venía entre un desfile de fantasmas

atrapados en un futuro tembloroso y respuestas que no iban más allá de silencios violentos a punto de estallar.

Ni siquiera cuando él volvió para entregarse a la justicia se aliviaron mi pena y mi rabia. Incluso fueron a más cuando, en el primer permiso carcelario que tuvo, allá por 2015, volvió a desaparecer. Le faltaban dos años de condena, pero los problemas que tenía en Brasil eran tan acuciantes que tuvo que volver a huir sin despedirse.

Me refugié en la lectura. Pasé de Toy Story y Phineas y Ferb a novelas de fantasía y ciencia ficción, hasta que, con el paso del tiempo, descubrí la poesía. Llegaron Cernuda, Plath, Pizarnik, Neruda, Storny, etc. En ellos, por fin, encontré el refugio inexpugnable, un soplo de vida entre mis monstruos.

Nadie sabe que papá me deseaba buenas noches todos los días. Que intentó hablar conmigo miles de veces. Que me decía continuamente que me quería, que me necesitaba. Después de su muerte intenté ayudar a todos a asumirla, pero olvidé protegerme a mí misma. Su recuerdo siempre encuentra un hueco para la culpa, pero siempre que puedo bajo a la playa y hablamos sin parar. Me cuenta que está bien, que me cuide, que me quiere, que deje de arrastrar mis desvelos, mis terrores y mis demonios.

Hoy se cumple el primer aniversario de su muerte. Nuria y Renato están en Brasil, muy ilusionados con volver a abrir el restaurante de papá. Me contaron que la *avó* Nelinha había guardado como oro en paño todos los secretos de los sofritos, la cocción, el tempo y los mimos de papá en la cocina. Mamá es feliz. Hace un par de años, apareció en casa con un libro de citas de Epicuro de Samos, que le había regalado un cándido profesor de Ética y, desde entonces, siguiendo una de las máximas del filósofo, viven ocultos.

Solo quedo yo y los días que jamás volverán. Bajaré a la cala después de comer. Respiraré profundamente los campos de lavanda y escribiré sobre la arena los últimos versos de Alfonsina Storny. Hoy también es el aniversario de su muerte y *«Si él llama nuevamente por teléfono, le dices que no insista, que he salido»*... hacia el mar.

Voz en off

A las cinco en punto de la tarde del día 25 de octubre de 2023, en el puesto de la Guardia Civil de Lluçmajor, se ha personado Don Jaume Vicent Cubarsí, reconocido escritor y pescador de la villa, viniendo a declarar que: *«Alrededor de las 3 de la tarde, terminada mi jornada de pesca, me crucé en las escaleras de acceso a la Cala Pi con una joven, en la que reparé por su rostro de incierta tristeza y, de manera especial, por su mirada, en la que parecía guardar un miedo tranquilo, protegido por la brisa del mar. Como quiera que la playa estaba vacía y el tiempo presagiaba tormenta, decidí quedarme a observar, más por cautela que por preocupación. La joven vestía una blusa de seda de color malva y una falda en tonos rojizos. Estuvo una media hora sentada, mirando fijamente el horizonte, hasta que una extraña bruma dorada empezó a difuminar los acantilados, y las casas refugio de los pescadores se transformaban en indicios de un cuadro de Monet. Fue entonces cuando ella se puso a escribir sobre la arena de la playa mientras las olas enmudecían sus palabras. Se desnudó pausadamente, dejó su ropa sobre la arena, perfectamente doblada, y se introdujo en un mar de plata como quién va al encuentro de la última despedida. Bajé todo lo rápido que pude y le grité. Le grité tanto que hasta las olas enfurecieron y, de repente, se escuchó un silencio aterrador y... el mar dejó de respirar».*

Cuando amas

Paqui Calle Matamoros

No había mucha gente en el café en el que quedamos. Nunca me gustaron los cafés llenos y ruidosos. Elegí una mesa cerca del ventanal.

La tarde primaveral permitía sentir el sol dentro del lugar y escuchar algunos gritos de niños que jugaban en la plaza.

Como era costumbre en mí había llegado unos cinco minutos antes. Me hacía sentir segura esperar, mirar alrededor, saber dónde estaba el baño... Son cosas sin importancia, lo sé, mas me tranquilizaba.

Mis amigos pensaban que era mi necesidad de control la que me llevaba a esperar. No solía pensar en ello, tal vez estuvieran en lo cierto.

No quería sentir nada, ni pensar en nada... sólo esperar que el reencuentro fuese tranquilo, amable, educado y algún calificativo más que ya no recuerdo.

Hacía tanto tiempo desde la última vez que nos vimos que su rostro se había desdibujado algo en mi memoria.

Yo. - ¿Pedimos un café?

Él. - Duermo mal últimamente. Pediré un agua.

Yo. - ¿Cómo te ha ido hoy?

Él. - No ha habido cambios. Mi jefe sigue pidiendo el informe que soy incapaz de terminar. Estoy agotado y aburrido de la oficina, de los compañeros, de...

Debía hacer unos diez años de nuestro último café. En otra ciudad, otro café, otra plaza... tal vez las mismas urgencias, las mismas esperanzas, las mismas necesidades... y algunos años más desde que llegé a mi vida. ¡Mi vida!

Era un hombre amable, educado. Escuchaba siempre y hablaba poco, excepto cuando mezclaba las palabras con el alcohol. Y fueron muchos los momentos en que esa mezcla unió nuestras existencias.

Las pocas cosas que sé sobre él llegaron en confesiones hechas a retazos, palabras que escapaban de su boca casi sin querer pero que me permitían ir aprehendiéndolo.

Una tarde recordó un día de playa de su niñez. Tendría unos ocho años y las olas le producían extrañeza, pero era incapaz de huir cuando se acercaban a él. Le gustaba el tacto de la piel cuando se alejaban sintiendo, decía él, soledad cuando las veía morir.

Cuando nació, en la década de los 80, sus padres eran jóvenes y querían vivir y a él le enseñaron a vivir. Esto marcó su vida, su vida de joven y adulto, la que nunca supo habitar.

Le costaba entender su diferencia. Tal vez deseó siempre ser como todos los niños. Jugar, reír, hacer la siesta, recibir regalos en Navidad. Creía que le gustaba celebrar, aunque nunca supo hacerlo, me dijo.

Sus días no seguían el ciclo de las horas. A veces saltaba el tiempo sobre el amor de sus padres por algo otro que nunca supieron que era realmente.

Inventar algo nuevo nunca fue fácil mas inevitable si lo que necesitas es vivir con mayúscula o minúscula, que es lo mismo.

Hizo del tiempo un aliado que atemperara su miedo y su carencia de seguridad. Siempre se tomó su tiempo.

Vivía como bebía, de manera pausada. Buscaba sentido donde yo veía sólo belleza, o estupidez, o nada.

Él. - ¿Te apetece ir al cine?

Yo. - No.

Él. - Por favor, no me apetece ir solo y necesito salir de casa.

Yo. - En serio, no me apetece nada. Prefiero estar en mi casa. Lo siento.

Aprendí a decir «no» cuando nuestros deseos se daban la vuelta. Me costó. Él conseguía que me perdiera en su vida. Marcaba el tiempo a su antojo y yo sufría.

Pasaban días hasta vernos de nuevo y hablar. Hablar de lo que fuera para aplazar siempre lo que yo sentía y no podía decir. Con

frecuencia los silencios entraban en la sala y permanecían quietos haciendo el momento cómplice de la cobardía.

Transcurría el tiempo y nuestras vidas corrían paralelas sin tocarse jamás. Cuando desaparecía encontraba una paz que se deshacía en angustias si el teléfono no sonaba. Imaginaba un adiós necesario pero odioso, un final inmerecido aunque grato. Quería mi vida, mi vida de antes por la que caminar segura, atenta y doliente. Una existencia vivida durante muchos años que había sido la mía, en la que había puesto mucha dedicación y que él consiguió remover.

Yo. - Me voy de viaje.

Él. - Bien. Disfrutará.

Yo. - ¿No quieres saber dónde voy?

Él. - Sí, perdona.

Yo. - Da igual. Me voy.

Me fui a Barcelona. Intuía que volver a ver a Paula me vendría bien. Paula supo que la necesitaba.

Al llegar a la estación la vi. Sonriente, como siempre, me abrazó y tomó mi bolso de viaje y anduvimos por la ciudad hasta tarde.

No estaba cansada y siempre amé vagar por las calles, andar hasta sentir que los párpados comienzan a doler y saber, en ese momento, que es la hora de volver.

Al llegar a casa de Paula tomamos la última copa de vino. No hubo mucho que decir. Me miró y me dijo, «haz lo que quieras y lo que sientas, el dolor no importa». La miré y sonreí.

Los días en Barcelona fueron un remanso de paz para mi corazón. Recorría la ciudad mientras Paula trabajaba. Paraba en las bellas casas barcelonesas, descansaba en los parques y tomaba algún café, ajena a la realidad. Tenía que volver y recordaba las palabras de Paula, «haz lo que quieras y lo que sientas, el dolor no importa».

Al regresar a casa todo seguía igual, excepto mis fuerzas. Notaba desgana, me faltaban deseos, me sobraba asco.

Fueron meses sin saber nada de él. Imaginé que andaría en algunas de sus múltiples crisis de identidad, o de lo que fueran, y evitaba preguntar. Tal vez, pensaba, esté esperando que le hable,

siempre andaba necesitado de rescate, podía hacerlo otra vez...
¿cuántas veces más?

Camarero. - Disculpe, ¿le traigo algo?

Era la segunda vez que se acercaba a la mesa para preguntar.
Sentí algo de vergüenza.

Yo. - Si. Disculpe. Tráigame un café solo doble, por favor.

Unos minutos después volvió el camarero con mi café. No me miró, sabía que lo había estado haciendo desde que llegué al café y me senté cerca del ventanal que daba a la plaza.

Un sonido me estremeció. No conseguía descifrar de dónde venía, no podía localizarlo. Unos segundos y... el móvil. Me costó reconocer la alarma. Me senté en la cama y entendí todo.

Con el café en la mano entendí que había soñado. Había soñado con él después de...

Al tiempo comprendí que ese hombre no quiso amar por miedo, por vergüenza, por desolación. Lo supe cuando llegó a mis manos su libro de poemas dedicado a mí, «Cuando amas».

De vez en cuando la vida...

Pedro Muñoz Barco

Una tarde de primavera de 1980, mientras desde la barra de bar observaba aburrido la sempiterna partida de cartas entre los contertulios habituales, Francisco vio entrar a José. La tranquilidad habitual se interrumpió con el abrazo en el que ambos se fundieron; un abrazo sin secretos, con sonrisas amplias y una felicidad radiante no escondida en los ojos ni el alma, que sin ellos pretenderlo voló atrás, ufana.

Francisco y Antonia regentaban un bar en Herrera del Duque y lo abrían todos los días del año con excepción de una única semana, que destinaban a acudir al balneario de Valdefernando, en la vecina localidad de Valdecaballeros. Era un regalo que se ofrecían a sí mismos tras haber hecho el agosto con los orgullosos emigrantes que regresaban de la periferia de Madrid o Barcelona a pasar el verano en el pueblo, alardeando de sus trabajos y presumiendo de coche o de haber aprendido tres palabras en catalán.

Los baños de Valdefernando, situados en el corazón de la Siberia extremeña, a cinco kilómetros de Valdecaballeros, descansaban en plena naturaleza sobre la ladera de una pequeña sierra coronada por roquedos de cuarcitas, entre impenetrables matorrales de jaras, brezos, madroños, cornicabras y genistas, sustituidos por encinas y alcornoques en sus zonas más bajas. El balneario era muy sencillo: una pequeña nave con cinco cuartos individuales, cada uno con su bañera para los tratamientos de aguas termales, una alberca de agua fría en la que se bañaban los niños, y un salón donde los bañistas esperaban su turno leyendo o conversando plácidamente; y en torno a ella salpicaban el paisaje ocho o diez casas de piedra, algunas ocupadas por los dueños de las huertas y otras cerradas, pero listas siempre para acoger a nuevos usuarios del balneario.

Los baños estaban indicados preferentemente para dolores reumáticos, aunque se les atribuían también otras propiedades curativas, especialmente relajantes, para quienes sufrían de «los nervios». Francisco acudía a ellos con la esperanza de calmar su dolorosa artrosis, desarrollada como consecuencia de los duros trabajos que hubo de realizar en su juventud para mantener al resto

de sus hermanos: infinitas jornadas en el campo, de sol a sol, y muchas noches de invierno al raso mientras hacía estraperlo de aceite y legumbres con algunos pueblos de La Mancha. Estas circunstancias moldearon en él un carácter humilde, honesto y servicial, pero a la vez severo, recto y muy exigente con el trabajo y la educación de sus hijos.

Antonia, su mujer, no tenía dolencias de huesos, pero le venía muy bien descansar durante una semana al año de sus múltiples tareas cotidianas, que incluían la casa, los cuatro hijos y el bar. El más pequeño de ellos, Nino, deseoso siempre de vivir alguna experiencia que rompiera la rutina de sus vacaciones escolares, les acompañó durante varias temporadas, hasta que, al entrar en la adolescencia, eso de irse con los padres dejó de estar bien visto entre los amigos.

La aventura comenzaba cargando el Dyane 6 familiar con todo lo necesario para una semana de supervivencia: un colchón, utensilios de cocina, el camping gas, comida a tutiplén y el radiocasete para disfrutar de camino la lista de grandes éxitos del momento; y de alguno anterior, porque a la cita no faltaban nunca Antonio Machín y Juanito Valderrama con «El huerfanito» y «Pena mora», respectivamente, que padre, madre e hijo cantaban a coro. Solían alojarse en casas compartidas por varias familias y para Nino era muy estimulante conocer cada vez a más gente y hacer nuevos amigos.

Cada año aprendía algo distinto, que contaba con orgullo al volver. Allí fue donde aprendió a nadar, a jugar a las cartas (al cinquillo y a la escoba, iniciado por una avispada vecina de Navalvillar de Pela) y a apreciar las bondades de la naturaleza, en largos paseos con su padre al atardecer, en cuyo transcurso le enseñó a diferenciar distintas especies de plantas y de pájaros y le introdujo en las labores agrícolas que se practicaban en las huertas aledañas. Huertas entre olivos, viñas e higueras, donde los lugareños, (el Tío Juanito, el Tío Natalio..., como se referían a ellos), cultivaban, en cuidada armonía, pimientos, tomates, calabacines, pepinos, sandías y melones.

La vida relajada en el campo cambiaba el carácter de Francisco, que durante esa semana aparcaba su rol de hombre duro y se transformaba en una persona amable y muy comunicativa. Nino, consciente de esa nueva prestancia adquirida, disfrutaba de las

renovadas muestras de cariño de sus padres, tan escasas habitualmente, y de las ocasiones en que Francisco jugaba con él como nunca lo había hecho en el pueblo.

Al anoecer, los inquilinos de varias de las casas colindantes se reunían «al fresco» en el porche del Tío Aquilino, a la luz de los candiles o del «petroman», para charlar, contar historias, jugar a las cartas o descubrir estrellas y constelaciones. A estas reuniones acudía también José el Portugués, personaje con un halo de cierto misterio, hermético, muy reservado e invisible durante el día, que se enfrascaba en largas conversaciones con Francisco. A Nino, que quería enterarse de todo, le extrañaba siempre que hablaran tan bajito, como si mediase un gran secreto entre ellos; tanto, que apenas alcanzaba a captar alguna palabra suelta. Sin embargo, los días que llegaban nuevos clientes al balneario José no acudía a las reuniones nocturnas y nadie preguntaba por él ni comentaba su ausencia. Era todo tan intrigante, y tan nuevo, que la vuelta a casa suponía siempre para Nino varios días de resaca emocional antes de continuar con la rutina de la escuela y del trabajo, ayudando a sus padres en el bar...

Sería casi una década después, aquella tarde de primavera de 1980 en la que el abrazo de su padre y José el Portugués rompió la quietud del bar, cuando Nino comprendería por qué hablaban entre susurros en el balneario. Y, de manera instantánea, como si se abriera a la luz tras muchos años de ceguera, entendió también por qué su progenitor, por lo general recatado y prudente, mantenía una complicidad especial con algunos clientes del bar, conversando con ellos en claves que él no comprendía, o recibía a escondidas todos los meses, de mano de Marcelino el Francés, el *Mundo Obrero*...

Toda una vida más tarde, en el verano de 2020, Nino, ya técnico en Medio Ambiente al servicio de la Junta de Extremadura, volvió a visitar el Balneario de Valdefernando por motivos de trabajo. Pellizcado por la nostalgia, se topó con un edificio en ruinas, las huertas abandonadas y las casas cerradas o derruidas, si bien algunas de ellas habían sido transformadas en chalés de fines de semana, con puertas y ventanas de aluminio y azulejos de colores adornando sus fachadas. Con cuidado, se sentó en el borde de una silla de enea que sobrevivía a duras penas en el porche de la casa del Tío Aquilino, donde se reunían por las noches, y repartió la vista por la zona, sintiendo que regresaba a su particular Edad de Oro: la alegría, la

serenidad y la cercanía casi inédita de sus padres, sus juegos con los vecinos y los amigos eventuales (¿qué habría sido de ellos...?), los largos paseos por el monte y las huertas, la figura enigmática de José el Portugués, el ansia con la que esperaba cada año que llegara aquella semana, la agitación que lo embargaba cuando atisbaba desde el coche, un año más, el paisaje de su propia felicidad... Eran los últimos coletazos de una época sombría y de represión política, pero, aun cuando con el tiempo lo iría entendiendo, él no fue nunca consciente de ello, y la ignorancia consigue con frecuencia que el dolor o los problemas no existan.

Paso a paso, como quien hace el camino de su propia penitencia, Nino regresó al coche. Tenía prisa, pero a pesar de su frustración quería alargar el momento; de ahí su parsimonia. Se sentó en el asiento del conductor, limpió las gafas, algo empañadas por la humedad de sus ojos, arrancó y puso rumbo a casa. En la radio, Serrat cantaba: *De vez en cuando la vida nos besa en la boca y, a colores, se despliega como un atlas...*

El maletín

Rafael Santana Carrasco

La moto de Gabriel echaba humo por todas partes además de por el tubo de escape.

—*Roaar roaarr*—Gabriel le da al acelerador— *roomm roomm*—Vamos *niñooo*, que no tenemos toda la mañana—dice gritando.

—Ya voy jefe—le contesta Rafael desde dentro de aquel cuchitril amarillento y apestoso por el humo del tabaco, al que llaman taller de reparaciones.

—Venga que como sigas así de gandul, este mes no cobras.

De un salto Rafael sale de la estancia, cierra de un portazo y se monta en la vespa llevando un maletín de cuero que parece curtido por horas y horas de taller. Al instante Gabriel le da al manillar del acelerador pegando un bote desde la acera hasta la calle que casi hace caer a Rafael, que se agarra como puede al asiento de atrás, apretando las piernas contra el mismo.

Un cielo gris se desploma en la mañana de un lunes cualquiera sobre sus cabezas.

Ruido incesante en la avenida Eugenio Gross. Vaivén de viajeros y coches en constante trasiego. La ciudad chirría como una locomotora a la que le falta aceite.

El generalísimo Franco había muerto sólo hacía nueve años, y Málaga —como toda España— estaba inmersa en un frenético despertar hacia 1984.

Gabriel sorteaba los vehículos con gran pericia, a izquierda y a derecha, a veces por el centro. Rafael va con las dos manos firmemente agarradas a la barriga de Gabriel y el maletín a sus espaldas. Su cara de espanto no deja lugar a dudas.

Pronto llegan a su destino.

Copistería Martín, se hacen toda clase de fotocopias, reza en el rótulo que adorna la fachada descascarillada por la cal vieja.

Dentro hay un par de personas y el que parece el encargado se adelanta y saluda.

—Qué pasa Antonio, ¿cómo va eso? —le espeta Gabriel mirando hacia la máquina fotocopidora que está detrás del mostrador.

—Bien Gabriel—le contesta Antonio con cara de ansiedad—no veas el estropicio que se ha formado en un momentillo cuando la máquina ha empezado a escupir tóner por todas partes. Mira, mira cómo está el suelo.

Gabriel mira hacia el suelo y le dice a Rafael—niño cógete el rollo de papel continuo del maletín y ponte a limpiar los cajetines del tóner que deben estar obturados, ahora voy para allá— Mientras se queda hablando con Antonio.

—Ya voy jefe—se apresura a contestar Rafael.

—Vamos—replica Gabriel impaciente—Hay que ver cómo está la juventud hoy día— dice mirando a Antonio — ¡Si Franco levantara la cabeza! —Y se echa la mano a la frente.

La tienda es amplia y luminosa. Además del jefe, Antonio, trabajan dos personas más como empleados, igual de jóvenes que Rafael. Aparte de fotocopiadoras hay material de papelería, lápices, gomas de borrar, sacapuntas, bolis, rotrings—que están de moda entre los universitarios— escuadras y cartabones...

Rafael se apresura a limpiar la máquina antes de que llegue Gabriel con su maletín de herramientas. Saca el rollo de papel, saca los cajetines del tóner, vacía en una bolsa negra todo el sobrante y los limpia a fondo para rellenar con nuevos cartuchos.

Gabriel se acerca con paso cadencioso portando el maletín, que deja en el suelo al lado de Rafael.

—Vamos a ver que tenemos por aquí... ¡madre mía! —exclama de repente—esto es un completo desastre ¡Niño! Dame la llave diez-once que necesito abrir esto a ver qué ha ocurrido, pero estoy casi seguro que es el pistón de la «freelander»—dice casi gritando mirando con los ojos hacia arriba.

Rafael se apresura a rebuscar por el maletín y por más que rebusca, no tiene éxito. Llaves inglesas, llaves fijas, llaves de tubo, destornilladores de punta plana y de estrella, alicates universales y

de precisión, pero ni rastro de la diez-once. De repente echa la cabeza hacia arriba como tratando de recordar, y un brillo de pánico asoma por la comisura de los labios cuando acierta a decir: —*Zeñó Gabriel*— y guarda silencio—creo...—continúa como pensado bien lo que va a decir—que se ha *quedao* en el taller.

—*Ojú* niño, me tienes ya hasta las narices. Mira que te tengo dicho que revises bien el maletín antes de salir del taller. Y tú nada, *erre que erre*, si es que te daba un guantazo...—Y levanta la mano hacia arriba en modo amenazante que no va a ningún lado.

—Es que... *Zeñó Gabriel*, como *hemo tenío que salí* tan rápido, pues usted comprenderá que *no ma dao* tiempo y...

—Que te calles coño, que no vales *pa ná*. Si es que ya me lo dice mi mujé—y levanta los ojos como para sus adentros — que este niño *na* más que nos trae disgustos. Cuando termine este verano que se vaya a *estudiá* y te buscas a otro.

—*Ná* Antonio—prosigue el malhumorado Gabriel ahora dirigiéndose al dueño de la fotocopiadora—me voy a tener que volver al taller, a por la dichosa diez-once. ¡Qué razón tiene el dicho!

—Tú quédate aquí mientras yo vuelvo del taller—se dirige ahora con mirada fulminante hacia Rafael— y vas limpiando la tapa y la porta cubierta que se ha manchado también ¡Y hay de ti si no está todo limpio como la patena para cuando vuelva! —concluye y se apresura fuera de la tienda a por la moto vespa.

Rafael se queda inmóvil, como congelado, como invisible ante la mirada atónita de los empleados, que lo miran con cara de espanto igualmente.

—*Náaa...* Que la mañana del lunes ha comenzado movidita—dice de repente Antonio con cara como resoplado—Menos mal que *Butraqueño* metió ayer dos goles que no se los salta un gitano. ¡Ayyy Dios mío! —exclama— y se retira hacia la oficina con la cabeza cabizbaja meneándola de un lado para otro como con resignación.

En la zona vacía

Ángel M. Felicísimo

Año 575, en algún lugar de Rub' al Khali.

I

—Iram, es la hora.

Cuatro palabras lo separan del sueño donde su madre, en el pueblo que dejó atrás hace dos semanas, le preguntaba otra vez si llevaría las sandalias nuevas. Cuatro palabras que le devuelven a la responsabilidad de cuidar de la vida de una docena de personas.

El pequeño grupo quiere avanzar en estas horas de temperaturas gélidas; así ganarán terreno antes de que el calor domine el paisaje, los cuerpos y las mentes. Gamil prepara las tortas de harina de mijo y avena mezclándola con un poco de grasa que funde en una minúscula fogata. Convencen a los dromedarios para que se levanten y se ponen a la tarea diaria de cargarles los bultos, sus sonoras protestas son el sonido de todos los despertares.

Salen antes del amanecer. Iram ocupa el primer lugar. Le han llamado para guiar la pequeña caravana y lo hace con seguridad bajo estos cielos permanentemente despejados. Siempre, en cada madrugada, examina las estrellas para que el camino comience en la dirección correcta, ya que un error significa la vida de todos. Más tarde, la salida del sol le servirá para confirmar un rumbo que no puede perder si quiere llegar al siguiente pozo.

Los pies descalzos se resienten del contacto con el suelo, semicongelado durante la noche. Arrancan penosamente mientras la aurora se deja ver sobre el horizonte del este.

—Samir ¿estás bien? —pregunta Iram a su compañero, que cojea visiblemente.

—Sí, necesito un poco de tiempo, nada más.

Iram no insiste, no se habla mucho en estos momentos, sólo lo necesario. Tras una hora, han conseguido ya una marcha constante que, si dejan la mente vacía, pueden mantener durante todo el día. La luna llena se debilita poco a poco acercándose al horizonte del

oeste. El suelo es firme en esta zona y el dolor de los pies se mitiga poco a poco.

El pensamiento vaga entre el espectáculo de los miles de estrellas apagándose, el frío que penetra bajo la túnica y la más prosaica necesidad de beber. Hace días que pasaron por el último pozo, donde el agua había sido escasa y salobre.

—Tienes que llenar esos odres, Iram, o la arena será vuestra mortaja.

—Lo sé, madre, no les fallaré, será al final del día.

El amanecer llega de súbito, con una brillante luz en el este. En cuestión de minutos, el disco solar asoma y el aire comienza a temblar a lo lejos. La caravana hace una breve parada para recordar al dios lunar y prosigue su camino hacia el sudeste. Caminan bajo un torrente de colores entre el amarillo pálido y el naranja intenso, colores que parecen trasladarse del alba al suelo con reflejos oscilantes en el aire.

Apenas una hora más tarde, la luz duele en los ojos, el aire flamea, la respiración debe hacerse tras el *litham*, antes ceñido por el frío, ahora más flojo para retener la humedad del aliento. Sacan las sandalias de sus bolsas, la arena arde y ya no es posible caminar descalzo.

—Iram ¿es prudente que hagas ese camino? —le preguntaba su madre hace tiempo, mucho antes de ganarse la confianza necesaria para guiar caravanas.

—No te preocupes, madre, sabes que conozco las estrellas, con ellas nada saldrá mal.

Son recuerdos de conversaciones que surgen de la neblina que es ahora su mente, una neblina que lo aísla del entorno y en la cual parece sonar una salmodia suave, como una canción de cuna.

El árbol más próximo está a seis horas de camino, una acacia que inicia un camino salpicado de tamariscos que, a su vez, llevan al pozo donde terminarán su jornada. Iram guía sin referencias, ya que las dunas cambian de lugar y un viaje no se parece ni al anterior ni al siguiente.

La ruta es sinuosa, nada puede ser recto en un mar de arena, el mundo de las curvas armónicamente perfectas. Siguen las vaguadas entre las dunas, donde el suelo es más sólido. De vez en cuando pueden verse unas pequeñas huellas en los taludes rojizos. Hay vida a pesar de todo, ya que son de un pequeño lagarto que quién sabe cómo sobrevive en el yermo. Los órices han quedado atrás hace tiempo, ya que están en el punto medio de Ar-Rub', la zona vacía, ese desierto dentro de desierto, que quema todo lo que surca su superficie.

—Iram, ¿has cogido las sandalias nuevas? —insiste su madre desde el fondo de su consciencia.

—Sí, madre, ya están en las alforjas —confirma silencioso.

Hace ya cuatro años que la primavera se presentó con lluvias tempranas y el *khzāmā*, el arbusto de flores amarillas, tapizó durante unos días una gran superficie, en otros momentos sin vida aparente. *Sanat al-khzāmā*, el año del *khzāmā*, es la última referencia temporal a falta de un calendario. Este año tal vez merezca otra porque el calor es desmedido. El sol está ya demasiado alto para que las dunas sombreen y el reflejo en la arena multiplica la luz. Los hombres van con los ojos cerrados, siguiendo el sonido de los pasos del animal que los precede o agarrados a una cincha.

Sólo Iram mira, aunque bien cubierto y durante un segundo. Confía en el dromedario, un resistente animal que se mantendrá en las vaguadas, y sólo verifica la posición del sol de vez en cuando. Ya tendrá tiempo cuando anochezca de afinar el rumbo por la posición de las estrellas.

II

En el desierto, los pensamientos vagan sin dejarse someter. El calor los libera. Las horas de camino por el paisaje, cuya luz satura las retinas y quema los párpados, cobran el precio. La mente despega, se eleva sobre el dolor de los pies, sobre las dunas blancas, sólo intuidas a través del *litham*, saca los recuerdos de los rincones más recónditos y los mezcla con alucinaciones que parecen sueños. Así, hora tras hora, sólo interrumpidos por un traspies ocasional o por una protesta del dromedario cuando las riendas se tensan porque ya no puedes mantener el ritmo de la marcha.

—Iram, vuelve.

—No te preocupes, madre, volveré.

Un trago de agua de vez en cuando obliga a salir del trance y coger el odre que cuelga del arnés, un esfuerzo obligado por la sed y por la necesidad de comer un puñado de dátiles que le permitirá seguir.

El tiempo gotea, el sol se mueve poco a poco y las dunas cambian de color. Al fondo, muy lejos, sigue adivinándose una lámina de agua, a veces una ciudad, otras un oasis.

—No hagas caso, Iram, sólo es un sueño.

—Lo sé, madre, no me atrapará.

Nada es cierto, todos saben que no son reales, son *sarāb*, ilusiones que tientan a los incautos y que los llevan a la muerte. Lo saben, pero incluso a ellos, curtidos por cien travesías, les resulta difícil ignorar el frescor que prometen.

Las dunas son más bajas ahora. Poco a poco llegan a la llanura, una anomalía en el mar de arena, que promete el descanso. El temblor del aire a lo lejos parece ahora salpicado de motas. Paso a paso, se acercan y ven la acacia que les señala el camino. Iram deja que otros señalen gozosos al árbol aparentemente inmortal. Él no dice nada, pero se siente orgulloso, no ha errado ni unos metros.

Poco a poco, la luz decae y el calor afloja. Las rocas que protegen el manantial distan pocos cientos de pasos. Los tamariscos siguen verdes; no sólo señalan que el manantial no se ha secado, sino que podrán ser ramoneados por los dromedarios. Al llegar, sujetan sus patas y bajan los odres al pequeño abrigo, casi cegado. Excavan, limpian y sacan arena hasta que el agua puede ser recogida, el agua ansiada por los animales y por ellos. El sol está ya muy bajo, las sombras se alargan, vuelven las sonrisas.

III

Iram busca un lugar para descansar y, mientras Gamil prepara la cena, finaliza su trabajo. Observa el cielo y cuando la luz desaparece clava dos varas señalando la dirección correcta para el día siguiente. Luego, a la espera de las inevitables tortas de mijo, repasa

las estrellas, repite sus nombres y busca una luz nueva. Le contaron que hace cuarenta veranos, antes de que él naciera, una luz cruzó durante días los cielos iluminando las noches más profundas. Cuando desapareció, el sol se volvió rojo y un frío intenso se enseñoreó de las estaciones durante cuatro años. Hoy no hay novedad, nada nuevo surca los cielos.

—No la encuentro, madre.

Y allá, en el norte, la mujer llamada Zainab sonreía.

¿Es suerte?

Mariví Godoy

Y cuando despertó, todo era distinto. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Dónde estaba? No recordaba nada, tenía la mente en blanco, la cabeza embotada. Había mucho ruido.

¡Abrir los ojos, tenía que abrir los ojos! Pero sus párpados no respondían. Sentía fuerza en su cuerpo, podía notarla en los brazos, en las piernas; pero no respondían, sus músculos no respondían, no se movían, o quizás era él quien, en el fondo de su ser, no quería abrir los ojos, no quería mover un solo músculo, como si algo dentro de él le gritara que se quedase quieto, que no recordara nada, que no se hiciera consciente de lo sucedido, que no supiese lo que había pasado, no todavía.

No quería moverse, pero tenía que hacerlo, sentía la tierra en la cara como una lluvia seca y densa. Y sus manos, ¿qué era lo que rozaba sus manos casi envolviéndolas? ¿qué tocaban? ¿a qué se aferraban?

Intentó abrir los ojos de nuevo, ahora con determinación y notó como la tierra resbalaba por su cara, parpadeó un par de veces despacio y ahora sí, ahora abrió los ojos y al hacerlo, como un torrente brutal, todos sus recuerdos, toda su vida volvió a su mente, a su conciencia.

Ahora lo recordó todo, recordó el rojo de la explosión primero, luego el humo negro y denso, el polvo como tormenta de arena, todo saltaba por los aires, edificios enteros se derrumbaban. Si, ahora recordaba.

Su familia. ¿Qué había sido de María y los niños? ¿Qué pasó cuando empezó el horror, dónde están ahora?

Dónde está Sara, la mayor, que se encarga de que el pequeño David vaya al colegio, siempre que lo abran claro. Sara, su querida hija, que deprisa se hacía mayor, ya empezaba a entender, ayudaba a María a hacer las colas, tantas colas, para el agua, para la comida... Sara ayudaba a su madre, que intentaba que ese lugar donde se refugiaban ahora se pareciese un poco a un hogar.

Dónde está David, su pequeño, que ya no quería salir a jugar, decía que el parque ya no era como antes, los columpios, los sube y baja, los toboganes, todo estaba estropeado sucio o roto y los juegos eran tristes, decía; algunos amigos faltaban.

María, ella era el hogar, daba igual en qué lugar se encontraran, cuando David tenía miedo ella lo abrazaba mientras le contaba historias, unas más amables que otras, pero voz tranquila, pausada, suave, tan susurrante que parecía envolvernos a todos, así conseguía tranquilizar al pequeño y no solo a él, porque aunque Sara decía no tener miedo, tanto a ella como a él mismo la voz de María, tan dulce, les traía una paz y un sosiego que les hacía sentirse mejor, incluso sonreír, aunque sabían que no era real, que fuera seguía reinando el terror.

Ahora recuerda y sabe que ya nunca podrá olvidar.

¿Y él, por qué sigue aquí, acostado sobre cascotes y cubierto por ellos?

Tiene que levantarse, necesita saber dónde están los suyos, dónde está su familia y donde están los conocidos, tan pocos ya.

Tiene miedo, le abrumba lo que pueda averiguar, le asusta no saber nada de ellos, de su familia, no sabe si siguen vivos, no sabe dónde están, no sabe si volverá a verlos.

Está aterrado. Al fin abre los ojos, se incorpora un poco y lo ve, ahí está el horror, el desgarró que supone la guerra.

Está vivo, si, él ha sobrevivido, pero... ¿Es tener suerte sobrevivir a las bombas aquí y ahora?

Instinto materno

Pura Bernardino

La tristeza se respiraba en las calles, los ruidos de costumbre daban paso a cuchicheos en voz baja entre vecinas, apenas había juegos ni risas de niños, si acaso algún vendedor ambulante voceando su mercancía e indefectiblemente las campanas tocando el Angelus a las 12. El resto silencio.

Ese verano había hecho mella en niños y adultos. Don Eusebio, el cura del pueblo, dejaba creer a las gentes que era un castigo del cielo, al fin y al cabo nunca había visto ni tanta devoción ni tantas confesiones. Él se justificaba diciéndose a sí mismo que, en este caso, el fin sí justificaba los medios.

Don Cayetano que con tanta ilusión ejercía su profesión se sentía ahora abatido, inútil, impotente, cuando no culpable en sus momentos más bajos. Cuando pensaba en lo orgulloso que se sentía al ver a su hijo pequeño jugar con un viejo fonendo sin membrana y un antiguo vademécum... ¡No! ahora no deseaba que siguiera la saga familiar; no quería que viviera tan de cerca los dramas familiares y personales que suponían la enfermedad y la pérdida de seres queridos. Era tan sensible...

Claro que uno viene mentalizado con la muerte de los adultos incluso con un enterrito de vez en cuando, pero ese verano, esas temperaturas... Entre golpes de calor y deshidrataciones tras las diarreas se había cobrado la vida de cuatro angelitos. La falta de medios y, ¿Por qué no decirlo? La ignorancia que se suponía él debía combatir había ocasionado la tragedia. Un enterrito era algo conmovedor y hasta cierto punto bello: Los niños con sus mejores galas, las niñas con sus vestiditos blancos y diademas de flores acudían a la casa de su amiguita o amiguito fallecidos llevando ramos de flores que habían conseguido en los patios de sus vecinos. Cantaban canciones sencillas aprendidas en la escuela o en la catequesis y algunos pedían besarlos en la frente lo que hacía redoblar el llanto en los presentes. Después cerraban la cajita blanca y los adultos la portaban camino del cementerio.

—¿Dónde la llevan mamá?

—Ese caminito conduce al cielo y allí va a estar siempre feliz jugando con los angelitos

—¿Entonces por qué lloran?

—Porque no quieren que se vaya todavía, hija.

La consulta estaba casi vacía, los problemas de salud habían ido disminuyendo a medida que avanzaba septiembre y disminuía el calor. Recobrada la fe en sí mismo, se decía que los sueros orales que habían preparado en casa y enseñado a preparar a tantas madres habrían tenido algo que ver en ello. Se acababan las angustias, los miedos y hasta lágrimas pasadas.

Por la ventana vio pasar con satisfacción la cabeza de su amiga Isabelita, pero fue al verla entrar con su hija literalmente «atrapada» en sus brazos que el corazón le dio un gran vuelco... no podía ser, no era posible que, con las veces que en casa habían dado gracias a Dios y los rosarios que había rezado la abuela por haberlos librado Dios de tan amargo drama, ahora tuviera allí a su querida amiga con la angustia pintada en el rostro presa de la desesperación.

Ya la rigidez de los bracitos y las piernas y el color cerúleo de su tez le hicieron comprender que ocurría lo peor.

—Tano, por Dios, Tano tienes que ayudarme, sabes que es lo que más quiero, tienes que salvarla, ¡Tienes que salvarla Tano!

—Beli, dime qué ha sucedido por Dios, ¿Cómo ha pasado esto?

—Ayer ya comía regular, pensé que tenía fiebre así que la bañé. En principio como estaba fresquita me tranquilicé, pero a partir de ahí no volvió a llamarme (ya decía mamá), no abría los ojitos y ni siquiera lloraba.

Tano incorporó a la niña y tuvo un atisbo de esperanza ya que perezosamente abrió a medias un ojito; vana esperanza, se dio cuenta que la niña ya se había ido. Trató de retrasar el momento de dar la mala noticia ojeando su vademécum, volviendo a auscultarla, etc. Un momento que tan familiar le resultaba en los últimos tiempos: «Nada se puede hacer».

Beli volvió a «atrapar» a su niña entre los brazos y con los ojos inyectados en sangre gritaba: «No me la vais a arrebatat» ¡No se irá de mi lado! volverá a recuperar el calor con mi calor y el color de cera desaparecerá entre mis brazos. No voy a consentir que la metáis en la cajita blanca ni la llevéis al «caminito del cielo». Tiene que volver a balbucear mi nombre, la enseñaré a caminar, a jugar conmigo, ¡Nooo! a ella no se la llevarán.

—Isabelita, Beli, por favor no me lo pongas más difícil.

La abrazó y se fundió en lágrimas con ella... ¡No! no era justo.

El trágico momento se había interrumpido por la llegada de Angustias. Con paso decidido y su impecable delantal blanco.

—Isabelita, ¡venga! a bañarse y a cenar que hay que acostarse tempranito porque mañana empiezas la escuela y tú Cayetano ¡Pa'tu casa! que también te tienes que acostar temprano y la Ramona te andaba buscando. Venga Beli, date prisa que luego tu madre me riñe a mí, que dice que te tengo muy mimada...Y ¡Nooo, no te bañas con la muñeca, que mira la que has liado por bañarla ayer, le has eschangao el mecanismo y ya ni suena, ni abre los ojos, ni habla. Así que venga, ¡Dame la muñeca!

—Que-me-des-la-mu-ñe-ca, Isabel, verás tu madre.

—Que la sueltes ¡¡¡LEÑE!!!

Ítaca

Amelia Lara Narbona

Desde que era pequeño y vio por primera vez la fotografía de un calendario que su abuela había enmarcado y que estaba colgado en un lugar privilegiado del salón de la casa familiar, Andrés se quedó prendado de la luz y el colorido del mar.

Era un cuadro de Joaquín Sorolla, donde aparecían varias mujeres y un solo hombre. El título del cuadro era «Valencianas en la playa». El colorido era muy hermoso y desconocido para él, acostumbrado a los ocres y oscuros de su tierra. En este paisaje abundaban los amarillos, dorados, naranjas y diversas tonalidades de azul y verde.

Del mar sólo conocía el nombre y esa foto que observaba a escondidas en el salón, siempre que podía, inconsciente del tiempo que perdía en su contemplación extasiada.

Pasaron los años y él siguió pegado al terruño. Nunca se planteó que algún día saldría de ese espacio. Ese espacio que era lo que habían conocido sus abuelos, sus padres, sus hermanos... Esa tierra dura y no agradecida, que exigía atención constante y no devolvía el fruto de tanto sacrificio.

Con la jubilación pensó que cambiaría su forma de vivir, pero su compañera de toda la vida falleció. Con el corazón roto, vio desaparecer todos los sueños que habían proyectado juntos.

Despedirse de ella fue lo más duro a lo que se había enfrentado nunca. Ahora en soledad, esa casa oscura y ese pueblo casi vacío hacían los días demasiado largos.

Inés, su única hija, hacía muchos años que se había marchado y llevaba tiempo insistiendo en que su padre saliese de aquel lugar para ver algo más que su pequeño mundo.

Andrés nunca había salido de los límites del pueblo y, por fin, un día se decidió a cruzar la línea imaginaria que le tenía atrapado en el mismo sitio desde hacía tanto tiempo. Inés se ofreció viajar con él al lugar que eligiera, y como sospechaba, la petición de su padre fue ver el mar. Pero no cualquier mar, no, el mar de su fotografía, que

ahora tenía colgada en la pared de su cocina y con cuya escena fantaseaba.

Cuando llegó el día esperado, se pusieron en camino con la intención de llegar a Valencia al caer la tarde y aprovechar el amanecer del día siguiente.

El viaje discurrió como estaba previsto. El hotel que tenían reservado estaba muy cerca del mar y toda la noche Andrés estuvo escuchando el batir de las olas. Para él, ese sonido era tan desconocido como misterioso.

A primera hora de la mañana, padre e hija cogidos de la mano emprendieron la marcha hacia la playa.

Cuando Andrés vio esa inmensidad de agua, ese horizonte que seguía siendo mar, esos colores que ya la luz de la mañana dibujaba un presagio de lo que sería con la explosión del sol en su plenitud, se dejó caer de rodillas y comenzó a llorar. No podía ser posible que existiese esa hermosura en un mundo tan duro y cruel.

Tocó la arena, se quitó los zapatos y fue metiéndose en el agua. Las pequeñas olas que morían en la orilla batían contra sus piernas. Las palmeaba con sus manos y se mojaba la cara dejando que el agua corriese por su rostro. Con la lengua atrapaba las gotas que iban cayendo, ese sabor a sal se mezclaba con el sabor de sus lágrimas y era el mismo. Sintió que también él era mar y no lo había sabido nunca.

Andrés siguió adentrándose en el mar con la mirada fija en el horizonte. De pronto escuchó las sirenas de Ulises que le llamaban con voces melosas y a eso no pudo resistirse. Buscaba su Ítaca, allá en el mar, lejos de la tierra en la que creció.

Una ola batió antes de llegar a la orilla, lo encontró desprevenido y no podía salir de ese torbellino de agua y arena. Sus pies ya no tocaban el suelo, todo se estaba volviendo violento. Pero Andrés no sintió miedo, se dejó llevar por ese mar que también estaba disfrutando con su encuentro.

Y allí estaba su compañera Irene tendiéndole la mano. Andrés se sentía liviano, no tenía conciencia de su cuerpo. Ahora se veía joven y luminoso, se abandonó a esa sensación de no espacio, y junto

con su amor se fueron fundiendo en ese mar que los abrazaba, que los iba meciendo, llevándolos fundidos en un abrazo.

Psiquiátrico

Izaskun Moral Echeveste

Me miras con soberbia, altiva, con ese rictus despreciable de tu boca que trata de sonreír y sólo es una mueca absurda. Te escondes en tu necesidad de supervivencia, en la creencia forzada de que esto es necesario. Porque de lo contrario, porque si creciera en ti algún tipo de duda, solo te quedaría la certeza de saberte un monstruo, un monstruo más dentro de este infierno.

Todo depende de mí, aseguras, de mi comportamiento. Y como prueba de buena voluntad ordenas que me suelten dos correas, la de la mano derecha y la del pie izquierdo. Solo tres puntos.

¿Lo ves? ¿Estás satisfecha? Ya no me agito, ya no protesto, ni grito ni demando. Las drogas paralizan todo mi cuerpo, me sacan de esta habitación.

Y es que el cansancio tras la batalla siempre es absoluto Ahora recuerdo las olas del mar...

El golpe brusco contra las rocas que superpuestas formaban una pared defensiva frente a la playa. El olor a salitre, a espuma junto a mi respiración acompasada.

El océano... el mar... está tan lejos...

Trato rabiosamente de guardarlo en mi memoria. Porque cuando me distraigo, cuando las voces entran y no presto suficiente atención se me olvida que existe. Desaparece. Y me golpea el dolor de mi propia orfandad, de mi absoluta soledad.

Y vuelve el miedo.

En esta tierra solo hay ríos, lagos y pantanos. Todos ellos bordeados por franjas más grandes o más pequeñas de arena. Se pueden recorrer sus límites, aunque no siempre solo sea con la mirada.

El mar es Infinito.

Además, aquí no hay olas, no hay gritos, ni rebeldía, ni lucha. Solo esa oscura complacencia, esa aceptación de lo dado, esa resignación quieta, lúgubre, frente al tiempo. En esta tierra la muerte

se pasea orgullosa y triunfante frente a las caras sin ojos que reflejan estas aguas pausadas.

Añoro la risa del mar.

El éxtasis que se siente cuando la sal en la piel se mezcla con la saliva o las lágrimas. Despierto en la habitación que llamas «el especial».

Ahora ya puedo salir con tus consejos de moderación y tranquilidad a mi espalda. Pero será solo un instante, un día o dos, quizás una semana. Las dos sabemos que volverá a ocurrir.

De nuevo me miras. Nos miramos.

Con lástima.

La redención de la saga Rhodes

José Luis Mañas Núñez

Mulangani Rhodes, superviviente azaroso a pesar de unas secuelas terribles que lo dejaron inmóvil sobre su silla de ruedas, cierra los ojos y se deja acunar por los soplidos del ventilador mecánico: inspiración y espiración, inspiración y espiración. Soplidos tan incansables y monótonos como los que salen del hocico pegajoso de un rumiante a los pies de la cuna de un Cristo al que acosa con su aliento, hocico que, si no fuera porque también le cuida, cualquiera desearía despegárselo de encima de una vez por todas. Aunque a casi todo se acaba acostumbrando uno, incluso a la muerte en vida, *Mulangani Rhodes* ha decidido con firmeza cambiar la cruz de su existencia de una manera tan simple como la de cambiar de nombre. Y por eso espera medio inerte al cura que le va a bautizar hoy mismo: aguarda inerte y con los ojos cerrados, de manera que aún parece más vegetal, mecido por los meneos del respirador mecánico y recostado todo él sobre su silla de ruedas reclinable. ¿Quién podía imaginar que en su nombre de persona iba implícita la condena en una cruz?

Mavuto, el mayoral de la granja de los *Rhodes*, convenció a *Cecil Rhodes Cuarto* para que nombrara a sus hijos según los poderes telúricos dispusieran. Los *Rhodes* eran descendientes directos de *Cecil Rhodes Primero*, el expoliador de Zambia, una tierra antes llamada Rodesia del Norte en honor a *Rhodes*, ese cuyos méritos acabo de mencionar. Pero *Mulangani*, perteneciente a la quinta generación de los *Rhodes*, desde la vida contemplativa a que le obligó su condena en la silla de ruedas, ha atado los cabos suficientes hasta darse cuenta de que las desgracias que han marcado a su familia habían sido meticulosamente condicionadas por los significados de cada uno de los nombres que llevaban. Si hasta hace poco *Mulangani* había vivido resignado a la suerte de su familia pensando que sus desgracias habían sido malas casualidades, por fin, por una especie de iluminación interior que le habla, ha decidido dar un vuelco a su sino cambiando su nombre animista por uno cristiano y bautizándose en nombre de la Santísima Trinidad.

Resulta que el mayoral *Mavuto* estaba compinchado con la comadrona *Banda Chisamba* y en aquel ambiente descolonizador e

independentista de los años 60, ambos tramaron una venganza definitiva que redimiera a sus antepasados del infierno donde sus espíritus vagaban eternamente. La violencia colonial ejercida por los británicos había sido implacable con aquellos seres humanos a fin de ganar unos pocos millones de libras. El capataz *Mavuto* y la partera *Banda Chisamba* resolvieron en secreto que la familia *Rhodes* debía cargar con las culpas acumuladas por el Imperio hasta liberar de ultratumba a los zambianos asesinados y desagrar la tierra ultrajada. Para ello lastraron a cada hijo de la saga *Rhodes* con un destino, el destino imborrable del nombre que ellos y no la tierra le impusieron a cada uno en nombre de la tierra.

Uno tras otro fueron naciendo los hijos de *Cecil Rhodes Cuarto* y cada uno de ellos fue marcado por la suerte de su nombre: *Chilumba* fue «la tumba de su hermano»; *Balauye*, que significa «me comerán», desapareció en las aguas del Zambeze atrapada entre las mandíbulas de un cocodrilo que se sumergió haciendo tirabuzones; *Soca*, que quiere decir «mala suerte», se decapitó con un cable tendido en mitad de la carretera cuando disputaba carreras con su motocicleta *Triumph Bonneville* de 1200 centímetros cúbicos; *Chakufwa*, que viene a ser algo así como que «está muerto», falleció de muerte súbita cuando cometía incesto con su hermana *Komasi*, que significa «mátalo»; y *Komaniso*, que parece ser que significa «mátalo también», era el gemelo de *Chilumba* o «la tumba de su hermano», el cual murió cuando coronaba junto a *Mulangani* el octavo Ocho mil que desafiaban. La línea de vida que los unía ahorcó a *Chilumba* y rompió el cuello de *Mulangani*. *Komaniso*, tan vinculado a su hermano gemelo por compartir una genética idéntica, se suicidó dos días después. *Mulangani* sobrevivió, pero con una lesión medular tan alta que desde entonces respira con la ayuda de un ventilador mecánico y, como no conserva indemnes más músculos que los de la cara, pasa los días tumbado sobre la cama y un ratito por la mañana y otro por la tarde sentado sobre la silla de ruedas eléctrica cuyo joystick maneja con la barbilla. Por último, *Chikondi*, que significa «Amor», vive junto a su hermana *Komasi* en el harén que posee un antiguo Primer Ministro del país.

Por fin llega el cura. *Mulangani*, que en la lengua Nguni significa «el que debe ser castigado», abre los ojos. El padre *Mazombwe*, procedente de la archidiócesis de Lusaka, coloca sobre un paño blanco sus útiles. Como *Mulangani* puede respirar sin la

asistencia continua de la máquina, el cura desconecta un momento el respirador de la cánula de traqueostomía para hacer el acto sacramental un poco más fisiológico y solemne. Bendice el agua bendita. Llena un gran cuenco de madera con ella y la vierte sobre la frente de *Mulangani* que mira emocionado al cielo, aunque las cabezas de los asistentes tan solo las cubre un techo sucio lleno de telarañas con insectos enquistados en el seno de su malla. El Padre *Mazombwe* engola la voz y entona un «yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y (...) llevarás el nombre de José María Rhodes». Pero en el cenit de la celebración, el agua bendita toma caminos caprichosos y entra a borbotones por el orificio exento de la traqueostomía hasta lo más profundo de los pulmones de *Mulangani*. Al momento, al recién bautizado se le descompone la cara, se le desorbitan los ojos, su piel se torna azulada, el gesto se le quiebra con varios espasmos, pierde la conciencia y languidece poco a poco hasta que los párpados se le quedan entreabiertos y su cuerpo entero, antes rosado como el de un cerdito doméstico, adquiere una palidez cérea que produce espanto. El Padre *Mazombwe*, estupefacto ante el desencuentro de las fuerzas de la tierra con las del cielo y su desenlace, no ha podido contrarrestar la maldición que el mayoral y la partera habían introducido en los nombres de la saga *Rhodes*. Pero al menos, *Mulangani* ha muerto en los brazos de Dios y libre del pecado original.

En un rincón de la misma estancia, *Mavuto* y *Banda Chisamba*, tan envejecidos ambos que no parecen más que dos montoncitos de huesos, intentan levantar sus miradas espabilados por el alboroto. Pero enseguida pierden interés. Dementes, el mayoral y la comadrona se abandonan a sus respectivos vacíos y no pueden saborear la culminación de su obra.

La bandera y Pelopincho

Ángel Carlos Martín Frades

I

Aquellas tardes de finales de primavera del año 1974, con aquella excelente temperatura, los niños sospechaban que los maestros del colegio decidirían y acordarían que no darían las clases en la escuela y que podrían ir todos «de paseo» a la era. Y aquel día no les falló la intuición al grupo que formaban parte de los amigos, todos dispuestos a bregar un gran partido de futbol.

Mientras caminaban sorteando las calles del pueblo se oían sintonías de la radio con música portuguesa que hablaba de una villa «morena» que se llamaba Grándola o algo así.

—Algo de mí me decía que íbamos a escuchar más emisoras de radio a lo largo de ese paseo a la era, pensaba Andrés. Efectivamente al llegar, alguien, en el viejo Cuartel de la Guardia Civil, estaba escuchando una novela que parecía titularse «Simplemente María» con varias mujeres, de negro, cabizbajas, cosiendo a la entrada del Cuartel.

Vio salir a su abuelo del Cuartel, despidiéndose del Cabo.

—¡Adiós Villaamil, a portarse! —decía el Cabo de la Guardia Civil—. Ya sabes, que por mí ya no deberías presentarte cada mes, aquello ya pasó, pero donde manda patrón, ya se sabe...

—«Adiós Cabo, hasta el mes que viene».

Miró la larga fila de niños, vio a su nieto y le saludó con la mano.

La dehesa donde se situaron todos era inmensa, llana, delimitada por unas pequeñas fincas, que lindaban con unas bajas paredes de piedra, por uno de los lados, por el otro pomposamente llamado «el polideportivo», aunque eran cuatro paredes de bloques, y el cementerio. Entre el verde de la hierba que ya apuntaba levemente el tono pardusco del verano, el azul inmenso del cielo, el ruido que formaban los pájaros y la caravana infantil por su desbordante alegría vital emanaba una cierta sensación de paz.

El grupo de niños jugando al futbol, de quinto y de sexto, eran un puro espectáculo de vida, de pasión, de egos enfrentados, ante la

marabunta de niños y niñas de otras clases que rodeaban el terreno de juego.

—¡Así no se puede jugar, con una portería de fútbol con dos piedras! ¡no hay manera de saber cuándo ha sido gol, o fuera de la portería!, decía Diego «el Mijina».

Al lado del mísero campo de fútbol, había una pozanca no muy grande que apenas tenía agua, procedente de las heladas de aquellos días. Agapita, la niña de la silla, que tenía una discapacidad física en las piernas que le impedía andar, se encontraba entre una de las porterías y la pequeña loma. A él, Andrés Villaamil, de mote «Pelopincho», le fascinaba aquella cara tan alegre, a pesar de sus piernas inmovilizadas.

El clamor de la algarabía infantil era estruendoso.

De pronto, se oyó una especie de grito y un ruido gutural que parecía proceder de la charca. Rápidamente todos se acercaron y vieron como una pequeña paloma blanca gesticulaba con rápidos movimientos de cabeza irregulares. Algo le pasaba.

Nadie se aproximaba y ninguna persona mayor parecía estar cercana. Andresito se acercó raudo a la paloma y, ante la pasividad de todos los niños, señaló un pequeño palito, acompañado de algo de sangre que salía de su boca, y percibió que se estaba quedando inmóvil, poco a poco. ¡Se estaba ahogando por atrancársele en el cuello!

Andresito no lo dudó y de un fuerte manotazo prendió la paloma, y con la otra mano arrancó el palito. La paloma, después de unos segundos de atontamiento, en medio de un inmenso silencio de los niños, empezó con su canto normal, y a mover las alas con brío. Andresito «Pelopincho» la soltó con fuerza y salió volando, con energía. La paloma se había salvado. Todos coreaban el nombre de Andresito «Pelopincho», ¡el salvador de palomas!, dijo Augustito, «el Turuta», uno de sus amigos.

Agapita, la niña de la silla, había contemplado la escena y le echó una sonrisa.

—¡Andrés! ¡Has estado muy valiente! Le dijo Agapita.

—¡Había que hacer algo!, ¡no podía quedarme quieto! — respondió Andresito «Pelopincho» un poco apurado—. ¡Puedes llamarme Pelopincho!, ¡como todo el mundo!, no me importa.

—¡De acuerdo, Pelopincho! «Y tú, llámame Aga, como me llaman en casa».

II

Aquella noche, en la casa de Andresito «Pelopincho», el niño hablaba con su abuelo, delante de su padre.

A Andresito «Pelopincho» también le encantaba hablar con el abuelo, porque él también había jugado mucho al fútbol, y siempre le decía que era muy buen jugador de fútbol, que se parecía al delantero centro del Real Madrid, Amancio.

Al abuelo le recordaba su enorme afición, frustrada por todos los acontecimientos que transcurrieron con la guerra entre españoles.

—¡Abuelo!, ¡el equipo de fútbol en el que he jugado hemos ganado el partido! ¡Por 7 a 0!

—¡Qué tío más grande eres! ¡Eres muy bueno jugando al fútbol!, le animó el abuelo. Pero jamás debes humillar al otro equipo. Sabes que yo amaba el fútbol, me parecía increíble que hubiese algo más interesante que el fútbol. Pero no pude continuar, por un partido en la plaza del pueblo. Aquel partido de fútbol en la plaza...

Por la cara que ponía el abuelo al mencionar aquellos tiempos Andresito intuía que estaba pensando en años pasados, ya algo lejanos. ¡Abuelo!, ¿qué te pasó en aquel partido de fútbol en la plaza del pueblo?, si te gustaba tanto el fútbol, ¿por qué no seguiste jugando?

Andresito, pensaba que iba a hablar de la guerra civil, y de la bandera. El niño sabía que a su abuelo no le gustaba mucho hablar de ello.

Cuando te he visto celebrar el resultado final del partido, cuando venían todos los niños por la calle mayor, con las camisetas quitadas ondeándolas al viento, me has recordado aquella tarde de abril de 1931. Aquella tarde de locura colectiva, era domingo y parece

ser que había habido unas elecciones para elegir Ayuntamientos en toda España. Toda la gente acudía a la plaza porque algo gordo parecía que había pasado.

—¡Pero padre!, ¿otra vez con la puñetera guerra?, le decía su hijo, el padre de Andresito «Pelopincho».

—Él tiene derecho a conocer lo que pasó en la guerra, la historia de una bandera, decía el abuelo.

—Yo no hice nada malo, solo levanté la bandera, una bandera grande. Se había proclamado la república en España y toda la gente en el pueblo saltaba de alegría y de gozo, unos hombres llevaban una bandera roja, amarilla y morada, y querían ponerla en el mástil del balcón del Ayuntamiento. Dado que el mástil estaba bastante alto me ofrecí voluntario para colocarla, la cogí, trepé un poco y la colgué. La gente del pueblo me aplaudía a rabiar, y yo, tan contento. Había banderas pequeñas de distintos colores ondeando, pañuelos multicolores, retales rojos al viento y que portaban muchos vecinos del pueblo.

El abuelo hizo un silencio abrupto, mirando hacia el infinito de aquel cuarto de estar de aquella vivienda extremeña, mientras le miraban, además de Andresito, sus padres.

Cuando acabó la guerra, me juzgaron por sedición, y me condenaron a diez años de prisión por haber levantado aquella bandera, aun cuando yo ni siquiera luché en aquella contienda por la edad, y, además, no tenía manchadas las manos de sangre. Y a mi pobre Agapita, tu abuela, le raparon el pelo.

Solo me gustaría que tu puedas jugar al futbol si te gusta, y creo que tienes condiciones y eres muy bueno, que puedas tener una vida digna donde la convivencia y la tolerancia entre personas sea la norma. Donde levantar una bandera no sea delito.

Andresito se quedó pensativo, y sus ojos parecían muy brillantes por momentos...

Se levantó de la silla, y le dio un abrazo a su abuelo. El abuelo rodeó al niño.

En la ventana se había posado una paloma blanca, que parecía estar al tanto de aquella conversación. Tenía algo de rojo alrededor del pico.

Era 25 de abril de 1974, y otra vez se oía la canción portuguesa sobre una villa morena...

La decisión K

Nuria Rivera P.

El bolígrafo comenzó a moverse solo sobre la hoja, llevando a lomos una blanca, pequeña y delicada mano que, cual títere, acompañaba de forma armoniosa sus movimientos.

Escribía con bellos y claros trazos, con ritmo ligero y seguro. Como si estuviera muy convencido de lo que quería plasmar en aquel papel, otrora virgen, que ahora se cubría de bellos retazos de tinta.

Marco no entendía qué estaba pasando. No podía soltar el bolígrafo, no lo controlaba, y éste no paraba de escribir. Mientras su mano se movía, arrastrada por él, intentó leer lo que estaba escribiendo.

Solo pudo ver frases sueltas... «en la tienda de animales...», «paseando por la calle...», «no le digas nada hasta que haya descubierto que...».

Con un movimiento inesperado su mano derecha dio la vuelta a la hoja y el bolígrafo volvió a posarse sobre la página en blanco. Continuó con un ritmo, ahora más frenético, dibujando letras y letras que, abrazadas unas a otras, componían palabras que bailaban una danza formal para hacerse eco de una historia que no alcanzaba a leer.

Cuando terminó la primera hoja y comenzó con la segunda, Marco ya no sintió sorpresa. Había asumido que era un mero instrumento de, no sabía muy bien explicar, qué o quién.

Mientras su mano se movía bajo las órdenes de alguien o algo que no era él, intentó recordar de dónde había sacado aquel bolígrafo...

No era un bolígrafo especial, ni por su apariencia, ni por su material. El cuerpo era transparente, hexagonal. La punta, acogedora, hacía sentir a los dedos que descansaban en ella, que formaban parte de su todo.

Mientras su mano acompañaba el trazo decidido del bolígrafo, empezó a recordar lo que había hecho en el día. Estuvo en correos... tenía que recoger unos documentos de intendencia, como solían

llamar a todo lo referente a la gestión de la casa. Cuando tuvo que firmar la retirada, la tableta de firmas dejó de funcionar...

—¡Qué raro! Es la primera vez que nos pasa —comentó el empleado mientras reiniciaba y daba golpecitos a la tableta para intentar arreglarla.

Pero no volvió a funcionar. Al menos no en ese turno.

—Tendrá que firmar en papel.

El empleado abrió un cajón de su mesa y rebuscó entre sus útiles un bolígrafo, pero no hubo suerte.

Lo que antaño fue un artículo de uso habitual allí, ahora había sido desplazado por las tecnologías.

Un cliente, que estaba siendo atendido en una mesa contigua, abrió su maletín y sacó un bolígrafo ofreciéndoselo a Marco con una sonrisa.

— ¡Gracias! —le dijo Marco devolviéndole la sonrisa con cierta timidez.

El señor asintió. Marcos firmó el documento de recogida. No tardó más de un minuto. Cuando se giró para devolver el bolígrafo, el señor ya no estaba. Lo buscó por la sala pero no lo encontró. Se guardó el bolígrafo por si algún otro día lo volvía a ver.

Al llegar a casa lo sacó de su chaqueta, mientras se sentaba en su espacio de trabajo, y de forma imperceptible, en pocos segundos, se encontró inmerso en esa colaboración no pedida que lo tenía ensimismado.

¡Cambio de hoja! Su mano izquierda cogió una nueva hoja y el bolígrafo reanudó su movimiento.

Su punta se deslizaba suavemente por el papel, creando un elegante baile que dejaba una estela de fina tinta.

A través de la caña transparente descendía el nivel de la tinta en el cartucho de forma casi imperceptible pero efectiva.

Qué raro, pensó Marco, nunca había visto un bolígrafo que agotara de forma tan rápida su tinta.

Pero era evidente que no era una tinta normal la que nutría a aquel bolígrafo porque él tampoco lo era.

—Marco, cariño, me voy a la cama. ¿Vienes a dormir? —le preguntó Silvia tras repiquetear suavemente con los dedos en la puerta de su despacho.

—Aún no. Tengo que acabar algo. No me esperes despierta, quizás me lleve más tiempo del esperado.

—Que descanses cariño. Luego me uno a ti en el viaje de los sueños.

Siempre dormían abrazados. Desde el primer día en que durmieron juntos. Surgió de forma espontánea y natural, y lo seguían manteniendo, incluso cuando no estaban en su mejor momento. Les gustaba sentirse unidos en ese misterioso viaje, que cada noche emprendían y que nunca se sabía a dónde les llevaría.

Mañana, le contaría a Silvia todo lo que le estaba ocurriendo, pero ahora se sentía totalmente absorbido y no podía desvincularse de lo que estaba viviendo. Lo tenía atrapado.

De pronto, su mano paró en seco. El bolígrafo se había detenido. No sabía cuántas hojas habían sido escritas en su presencia con la complicidad inerte de su mano. Miró el reloj. Había pasado más de una hora.

Ojeó las páginas que reposaban frente a él y comenzó a hojearlas. Calculó que habría unas 22 hojas, manuscritas, o quizás, pensó mientras sonreía, debería decir, «boliscritas», a ambas caras.

No había soltado aún el bolígrafo cuando se puso de nuevo en marcha. Esta vez empezó una hoja nueva, a pesar de que había espacio en la última página escrita.

Se movió lentamente... Sin saber cómo, se sintió arrastrado inexorablemente a leer lo que estaba escribiendo en ese momento.

Curioso, pensó, apenas había podido leer más de una línea completa en todas las hojas anteriores...

Esta vez, las palabras iban dirigidas a Marco:

«Ante ti tienes una historia que se convertirá en uno de los libros más populares y afamados de este siglo. Su lectura no dejará impasible a nadie y les condicionará en su forma de proceder. Solo hay una condición. Tú no puedes leer ni conocer la historia. Debes decidir ahora si deseas que sea publicado o no. Tienes que decidirlo

sin conocer su contenido. La elección es tuya y solo tuya. Nadie te puede acompañar».

Marco se quedó estupefacto.

¡Tranquilo! se repitió una y otra vez. Tengo que pensar bien qué hacer... Dice que la historia no dejará impasible... ¿Será para impasible para bien... o para mal?

¿Por qué no puedo conocer la historia? ¿Será una trampa?

¡Cómo me gustaría saber la opinión de Silvia!

Respiró profundo varias veces...

Difícil decisión...

A ver Marco, se dijo a sí mismo, este es el momento de aplicar todo lo que has aprendido para tomar una decisión acertada. ¿Qué haría Kant?

Kant era su filósofo preferido, al que recurría cuando tenía algo que decidir. No era el favorito de la mayoría pero a él le llenaba su forma de discurrir, lo cual extrañaba a profesores y compañeros que preferían a Platón o Sócrates.

Si existía la posibilidad de que algo positivo pudiera llegar a todos, debía actuar para que así fuera.

No quiso darle más vueltas. Tampoco tenía mucho tiempo para ello.

Cogió el bolígrafo y con las últimas gotas de su tinta y esta vez, dirigido por él, escribió:

¡Adelante! Y así fue.

Pero eso es otra historia...

Lunas de sangre

Rosa M^a Cortés Barrena

Luna Menguante del 1 de febrero de 1905

El hielo de la fría mañana que antecede a la luna menguante de esta noche congela las esquinas de mi ventana. Hoy no se pueden abrir, la madera cruje como huesos rotos y a lo lejos puedo ver a mi yegua con un manto de niebla en su costado. Deseo salir y acariciarla, llevarla al establo, resguardarla del frío, pero hoy no puedo salir, las gotas de rocío han bloqueado mi puerta. Saturio se acerca a ella con paso firme y pesado, dejando sus huellas entre la hierba y el barro. Se vuelve para mirarme, sus ojos helados se clavan como escarcha en los míos, mis pensamientos se congelan mientras él me sonrío y, sin mirar a mi yegua, le raja el cuello de izquierda a derecha; me desmayo de dolor y, al despertar, ya es de noche. La luna aún menguando ilumina el lugar de reposo de mi animal. Ya no está. No hay nadie. Estoy sola.

Luna menguante del 2 de febrero de 1905

Anoche debí quedarme dormida de puro cansancio, de tanto llorar. Hoy la mañana luce con un tímido sol que se abre paso entre el manto de niebla que cubre la casona. No hay hielo en mi ventana, corro a abrirla y una bocanada de aire frío entra por cada poro de mi piel congelando mi cerebro. Aun así, disfruto del aire puro y respiro con calma comprobando que todo fue una pesadilla: mi yegua pasta tranquila en el mismo sitio de siempre. Sigo sin poder salir de mi lugar de reposo, pero me regocijo de cada segundo que el sol ilumina mi cara, de cómo la fría brisa de la mañana me pone el vello de punta o quizás sea la visión de Saturio... de nuevo, se dirige hacia mi yegua con paso firme y pesado, dejando sus huellas entre la hierba y el barro restantes de ayer, me froto los ojos estupefacta de lo que veo. Se para a medio camino, se gira y, de nuevo, me sonrío, coge una pala del suelo y comienza a cavar. El tiempo pasa tan rápido que no soy consciente que ya ha anochecido, y ahí sigue, cavando un enorme agujero en el suelo y, a tres metros de él, mi preciosa yegua reposa en el frío suelo desangrada, ¿qué está ocurriendo?

La luna menguante baja hacía mí cegando mis sentidos. No hay nadie. Estoy sola.

Luna nueva del 3 de febrero de 1905

Hoy amanecí con un terrible dolor de cabeza, creo que me estoy volviendo loca, miro a través de mi ventana y mi yegua, otra vez, pasta tranquila. La abro de par en par y respiro aire puro y un intenso olor a flores inunda mi espacio. Puedo distinguir crisantemos, lirios blancos, rosas rojas, claveles y gladiolos. Me froto los ojos y un enorme jardín se abre paso entre mis pupilas dilatadas de puro placer. El sol brilla y poco a poco el hielo de mi puerta se va deshaciendo. Observo anestesiada cómo la fría brisa de invierno balancea las flores en un armonioso baile y cómo, al chocar pétalo con pétalo, producen una melodía que me eleva hasta el séptimo cielo. Sin duda, me estoy volviendo loca. Mi querida yegua vuelve a pastar con su manto de niebla en el mismo lugar. Pasan las horas y no hay rastro de Saturio; el día avanza en paz. Hoy anocheció antes, hay luna nueva, las flores siguen bailando, y en plena oscuridad todo se llena de luz iridiscente. Abro la puerta y el camino iluminado por tan hermoso jardín me llevan por fin hasta mi yegua: la acaricio, la peino, la vuelvo a acariciar, y, de pronto, escucho unos pasos firmes y pesados: es Saturio. Va dejando sus huellas entre la hierba y el barro que aún se resiste a secar; en un abrir y cerrar ojos consigue situarse justo a mi lado, me sonríe, saca su cuchillo y me raja el cuello de izquierda a derecha, me carga hasta el agujero que había cavado el día antes y me arroja dentro, pala tras pala me entierra. No hay nadie. Estoy sola.

Luna Nueva 4 de febrero de 1905

Hoy el día se despertó nublado, mi ventana vuelve a tener una densa capa de escarcha y las flores que ayer brillaban lucen marchitas, miro buscando a mi yegua y no logro encontrarla, empujo la ventana con una fuerza inhumana hasta romperla consiguiendo salir al fin de mi encierro. Camino entre las flores marchitas hasta encontrar a mi animal que descansa tendido en el suelo desangrado y vuelvo a escuchar los pasos firmes y pesados de Saturio, quien va dejando sus huellas entre la hierba y el barro, se para a medio

camino, se da la vuelta y sonríe a una joven que observa desde su ventana. Soy yo. Se vuelve a girar y comienza a cavar un agujero en el suelo hasta que anochece. No hay nadie. Estoy sola.

En abril florecen los malinches

María Ángeles Serrano Caballero

Un grito desgarrador despertó a Valeria Leal aquella mañana.

La noche anterior, como todas las demás, no le preocupó nada, no sintió inquietud, no tuvo dudas. Lo único que pensó antes de caer rendida fue que su color favorito era el azul, el azul del inmenso océano donde, cada tarde, se bañaba con Sebastián, el menor de sus hermanos.

Por aquel entonces, los dos acogían con el mismo entusiasmo infantil el sol pegajoso del verano y el viento huracanado que llegaba cada septiembre. Ese era su universo, se sentían seguros en él y vivían ajenos a las convulsiones políticas que se cernían a su alrededor. Nada hacía presagiar, en aquel momento, que ese mundo mágico iba a quebrarse.

Recordaba vagamente que en aquella época unos hombres vestidos con uniforme militar acudían a menudo a la casa familiar. En ocasiones, Valeria se deslizaba silenciosamente por el largo pasillo que conducía al salón donde, acurrucada en el quicio de la puerta, los observaba. Todos fumaban largos y malolientes habanos que dejaban un olor apestoso que impregnaba el aire durante días. Tampoco había olvidado, cuando estos recuerdos volvían a su memoria, que su madre nunca asistía a estos encuentros. Ella se limitaba a supervisar, a la mañana siguiente, cada rincón para asegurarse de que ningún documento, hoja o anotación pudiera comprometer la seguridad de los allí reunidos de forma clandestina. Una vez hecha esta comprobación, ordenaba al servicio limpiar y ventilar el espacio y se dirigía al jardín buscando calmar sus miedos. Se sentaba en la vieja mecedora, levantaba la vista al cielo, cerraba los ojos y se mecía durante un largo rato.

Al principio, Valeria no fue consciente de los temores y la desesperación de Doña Elena. Era una niña de 10 años y solo prestaba atención a las historias fascinantes que ésta le contaba, cuando nostálgica evocaba como había conocido a su padre. Ella acababa de cumplir 16 años cuando conoció a Pablo Leal mientras paseaba con su tía Edelmira por el parque Velázquez Flores. Él era un apuesto militar que custodiaba el Palacio Nacional. Durante

meses no intercambiaron ni una sola palabra, solo se miraban. Hasta que, como señorita de la alta sociedad, fue invitada al baile en honor del dignatario de la gran potencia. Desde ese día, sus jóvenes destinos se unieron para siempre. Se convirtieron en cómplices, amigos, amantes. Se mudaron a León, a la casa familiar con vistas al Pacífico y allí nacieron sus hijos.

Fue la propia Valeria la que intuyó, unos meses más tarde, el desasosiego de su madre. Tan pronto como encontraba un rato libre, ésta se dirigía al jardín de la casa, una especie de pequeño parque donde crecían malinches, tamarindos, naranjos. Había en él un rumor invisible de agua continua, de fuentes, de macetas florecidas, de pájaros que llenaban el espacio con sus cantos, y a lo lejos se escuchaba el aliento desolado del mar.

Lo más absurdo de la situación y lo que inquietaba a la niña era que su madre repentinamente comenzaba a llorar y parecía perder la razón; trastornada, por momentos, comenzaba a repetir una y otra vez una suerte de monólogo que Valeria no llegaba a comprender.

«Vivíamos en paz hasta que tú, mi querido Pablo, decidiste pasar a la acción. Desde entonces, no duermo, no como y mi mirada se perturba hasta perder, a menudo, el buen juicio. Cada noche te suplico que recapacites, que pienses en cómo puede acabar todo esto. Qué será de nuestros hijos, te digo. ¿Qué será de mí si todo esto sale mal? Y tú callas y sonríes».

Yo escuchaba, papá, cada día, esta retahíla mezclada con los sollozos que se acrecentaban cuando el humor del cielo se descomponía y seguía jugando con Sebastián en nuestro mundo imaginario. Hasta que aquella fatídica mañana de abril su grito desgarrado de dolor y muerte me despertó. Nada volvería a ser como antes. Lo recuerdo muy bien y todavía, veinte años después, no se me ha pasado la rabia. Me gustaría vivir sin ella, pero créeme, no lo consigo; la tengo tan incrustada en mi alma como tu sonrisa, tu bigote, tus besos y tu terquedad. Era tal tu determinación, que ni los llantos, ni los ruegos de tu esposa pudieron doblegarla.

—¿Y todo para qué?

Para que yo dejara de ser, de repente, esa niña alegre e inocente a la que tú adorabas.

¿Realmente mereció la pena que sacrificaras tu vida, padre?

—Yo te digo que no, que nada ha cambiado.

Dos décadas después de tu infortunio mandan los mismos, los mismos que siguen burlándose de la voluntad de nuestro pueblo y de la buena fe de su gente. Hoy se sigue aplicando la misma fórmula que tú conocías bien, ¿recuerdas? La fórmula de las tres 'Pes': plata para los amigos, palo para los indiferentes, plomo para los enemigos.

—Lo único que no ha cambiado, padre, es que en abril siguen llegando las primeras lluvias. La hierba tierna renace. Los caminos se llenan de charcos y las noches son frescas, cargadas de insectos, y llueve hasta el amanecer.

En abril florecen los malinches. Pero abril, para mí, es el mes de la muerte.

Porque no te abracé

Magdalena Ortiz Macías

Nunca lo voy a olvidar. Era martes, las ocho de la tarde de noviembre, acababa de llegar a casa y estaba colocando la compra que había traído del supermercado de la esquina cuando sonó el timbre de la puerta

—¿Quién es? —pregunté antes de abrir.

—Policía local. ¿Es el domicilio de Abel García Sánchez?

Se me encogió el estómago y el corazón me dio un vuelco. ¡Otra vez! Sabía que volvería a ocurrir: la llamada, la misma situación, el nombre de mi hijo en la boca de la policía. Todo ello lo había pensado en miles de ocasiones, había sido una visión recurrente y esperada. El estilo de vida de Abel no era bueno.

¡Tanta esperanza!, ¡tanta paciencia!, ¡tantas oportunidades! ¿Acaso valían para algo?

—Cambiará —decía mi madre—. Cuando los padres están al lado de los hijos, no se pierden; vas a ver cómo llegará el momento en el que se dé cuenta. Y volvía a recomendarme paciencia. Paciencia y esperanza, esas eran las palabras preferidas de mi madre. Echo mucho de menos su cariño, su apoyo y su experiencia.

El sonido del timbre interrumpió mis pensamientos y me di cuenta de que aún no había contestado. Tuve claro que esta vez mi actitud iba ser diferente. Me lo debía a mí misma; tenía que empezar a aceptar, por mucho que me costara, que aquellas situaciones excedían a mi responsabilidad.

Recordé la primera vez, cuando Abel, con doce años, y otro chico la emprendieron a golpes con un coche aparcado en la calle. Los vecinos avisaron a la policía y se presentaron en mi casa. Recuerdo el semblante atemorizado de Abel al pedirle que bajara porque preguntaban por él; se defendió diciendo que el coche estaba abandonado, lleno de polvo, con las ruedas pinchadas, por lo que pensaron que no era de nadie. La policía tomó sus datos, le hicieron varias preguntas y consiguieron asustarlo cuando le informaron de que darían parte al juez de menores. Él se quedó muy preocupado y yo, a pesar de que sabía que esa denuncia no tendría ningún recorrido

por su edad, entré en un estado inquietante de angustia y desesperación. Se fue a su habitación. No nos volvimos a ver hasta el día siguiente y fue entonces cuando le grité y lo insulté mientras él permanecía en absoluto silencio; parecía bloqueado. Lo castigué sin salir de casa durante una semana y el resultado fue que su hermano y yo terminamos cumpliendo el mismo castigo.

Desgraciadamente, aquella no fue la única visita que la policía hizo a mi casa; la segunda vez vinieron porque lo habían cogido fumando porros en la calle junto a otro chaval mayor que él; en aquella ocasión fue su abuela la que recibió a los agentes: ¡un nuevo disgusto! En aquel momento Abel debería tener dieciséis años.

Cada vez que ocurrían estos hechos me preguntaba lo mismo: *¿por qué me ocurre esto a mí? ¿qué estoy haciendo mal?* Y aunque intentaba luchar contra el sentimiento de culpa no conseguía que me abandonara del todo.

Volvió a sonar el timbre y esta vez sí respondí:

—Perdonen, he tenido que ir a cambiarme. ¿Ha pasado algo?, ¿le ha pasado algo a mi hijo? ¿ha sido un accidente? —le hablo por el telefonillo al policía.

Les escuché entrar y atravesar el jardín al tiempo que oía mis sentimientos y me compadecía de mí misma. Tenía que enfrentarme sola a unos hechos que me superaban. Ya tiene veinte años, me dije, la responsabilidad es suya.

Llegaron a la segunda puerta y ya estaba esperándolos.

—¿Cómo está mi hijo? ¿dónde? —Es una pregunta angustiada y temerosa que necesita una respuesta rápida y positiva.

—No se preocupe. Su hijo está bien; está detenido en las dependencias municipales; hoy permanecerá allí, mañana pasará a disposición judicial.

Me sorprendí cuando me escuché decirles

—No me expliquen nada, por favor. No quiero saber qué ha hecho. Ustedes hagan lo que tienen que hacer. Gracias por venir a informarme. Aun así, los agentes me comunicaron detalladamente todo lo que había pasado.

Cuando se fueron saque del cajón aquel papel tan manoseado que contenía un texto que yo misma había escrito en algún momento para aliviar mi sentimiento de culpa, una especie de poesía sin versos, versos sin rima, rima sin sonidos; un texto únicamente cargado de emoción que había leído una y otra vez.

Si te hubiera abrazado
se habrían ido los temores,
las dudas, las angustias
las noches y los días en continuo interrogante,
se habrían esfumado en la fuerza
y en la intensidad de nuestra cercanía.
Si te hubiera abrazado
se habrían disipado mis lágrimas y las tuyas.
Habrías sentido que
mi corazón latía
también por ti.
Habría disfrutado de
tu contacto suave,
hoy ausente.
Si te hubiera abrazado
serías más mío.
Habríamos compartido
Más sentimientos.
Más tristezas.
Más alegrías.
Más.
Más.

Volvió a casa dos días después, se fue directo a su habitación, lo sentí dolido, triste, solo. Pensé que por primera vez sus actos habían sido solamente suyos. No sé si él opinaría lo mismo, pero lo cierto fue que, en esta ocasión, nadie fue a socorrerlo, ni siquiera a recogerlo de las dependencias policiales. Salió solo de casa hacía dos días y solo regresó; No hubo voces, ni reproches, ni agresividad y pudo comprobar que las puertas de su casa seguían abiertas para él. Quizás, habíamos empezado un nuevo camino.

Mi lista de relatos

Laly Cabanes

Hace unos meses, recibí un *whatsapp* de la biblioteca municipal, invitando a los socios a un «Taller de Escritura». Como dicen que a lo largo de la vida hay que plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro, me interesó.

Lo del árbol ya lo hice en mi infancia, cuando en vacaciones o algún fin de semana íbamos a la finca de un tío mío que estaba soltero («solterón» diría mi madre) que era agricultor. Un día me enseñó lo que a mí me pareció un palo y me dijo: «Ven, que vamos a sembrar un árbol». Yo no entendía a mi corta edad, cómo aquel palo pinchado en la tierra podría ser algún día algo. Pero sí, al cabo de unos pocos años, ese palo se convirtió en un pequeño olivo.

Hijos, tengo dos, estupendos y maravillosos (entiendo que como para cualquier madre los suyos).

Lo del libro no lo había pensado nunca. Siempre he sido una gran lectora, pero lo de escribir, la verdad, nunca me lo había planteado.

Como soy de natural curiosa y pienso que el saber no ocupa lugar, me dije, para allá que voy. Contacté con unas amigas y para el «Taller de Escritura».

He de decir que me ha parecido una actividad muy enriquecedora y entretenida. Ahora para cerrar el taller, como broche final, el profesor del curso nos propone hacer un relato de unos tres folios.

Así pues, aquí estoy yo, en mi butaca favorita, con un boli «Bic» y mi libreta de mariposas (regalo por mi cumpleaños, de una gran amiga y gran persona, que he tenido la suerte de encontrar en mi camino por esta vida), intentando escribir dicho relato.

Pero no, hoy creo que no va a ser, como canta ese poeta que para mí es Joan Manuel Serrat «Hoy las musas han pasao de mí, estarán de vacaciones».

Vale, me digo, ya que estoy con el boli en las manos voy a aprovechar para hacer la lista de la compra.

- Naranjas.
- Plátanos.
- Manzanas.

Las manzanas, podría escribir algo con manzanas. No, ya hay muchos cuentos, relatos y leyendas que se han ocupado de ellas.

Por ejemplo, según nos cuentan las Sagradas Escrituras, los primeros seres humanos Adán y Eva, tenían todos los frutos de todos los árboles de un «Paraíso» a su disposición, menos los del árbol del bien y del mal, que resultó ser un manzano. Tentada Eva por una serpiente maligna, provocó a Adán a comer de la manzana prohibida y así fueron expulsados del «Paraíso» y con ellos todas las generaciones posteriores, que hasta el día de hoy hemos de pasar nuestra existencia, en este valle de lágrimas.

También en la leyenda de «Guillermo Tell» vemos como este tiene que atravesar con una flecha, una manzana colocada en la cabeza de su hijo. Digo yo que podría haber cogido un fruto más grande, por ejemplo, un melón, una sandía o una calabaza.

Del célebre científico Isaac Newton, nos cuentan que, estando sentado a la sombra de un manzano, la caída de un fruto maduro sobre su cabeza, le hizo reflexionar y así descubrió la ley de la gravedad.

En el cuento de «Blancanieves» vemos como, disfrazada de viejecita, su madrastra le ofrece una manzana que, tras el primer mordisco, provoca el desmayo de Blancanieves, que cae sin sentido a la espera de su príncipe azul.

Quizás podría escribir una historia en New York, que para eso se la conoce como «La Gran Manzana».

Pero bueno, voy a dejar las manzanas.

- Pechuga de pollo.
- Salchichas de pollo.
- Hamburguesas de pollo.

Que aburrimiento de pollo, como, por mi problema renal, me recomendaron no comer carnes grasas, estoy un poquito saturada de tanto pollo.

Un sueño muy recurrente que tengo es, que estando una noche de verano, en la terraza de mi casa, echada sobre la tumbona, disfrutando de una buena lectura, de pronto me empiezan a salir plumas por todo el cuerpo y, aunque se que los pollos no vuelan, yo echó a volar hacia la calle impulsada por una corriente repentina.

Otra pesadilla (esta terrorífica) que tengo a cuenta del pollo es la siguiente: en España, nos gobierna un partido de extrema derecha, al cual se ocurre la brillante idea de volver a restituir «La Santa Inquisición». La cajera del supermercado que está al lado de mi casa, al cual suelo acudir un par de veces por semana, esa que está siempre de mal humor, quejándose por todo, que no contesta a tu saludo y al ir pasando los artículos parece que te los tira queriendo pillarte los dedos, un buen día me denuncia a «Santa Inquisición». Se personan en mi domicilio tres frailes dominicos con una orden de registro. Viendo que en mi frigorífico no hay ningún producto derivado del cerdo, me llevan detenida por hereje. Después de unos días presa e incomunicada en una celda lúgubre, me trasladan ante un juez. Como mis respuestas al interrogatorio no son del agrado del magistrado, me conducen a otra sala, donde al fondo puedo ver un potro de tortura. Pienso que para que pasar dolor sin necesidad y declaro, naturalmente sin ser cierto, que sí, que no como cerdo porque soy judaizante. Al día siguiente me comunican que me van a hacer un auto de fe, me colocan un capirote y me pasean por toda la ciudad, me conducen a la plaza principal y allí me queman en la hoguera, dando así fin a mis días.

Acordándome de los judíos...

- Judías verdes.
- Zanahorias.
- Papel higiénico.

Con esto último tengo una duda existencial. ¿Por qué nos dio por comprar tanto papel higiénico durante la pandemia? Habrá personas que todavía tengan en sus casas existencias cuatro años después. Yo comprendo el pánico que nos puede causar cuando vemos que un artículo escasea.

A lo largo de mi vida laboral estuve unos años trabajando como auxiliar de farmacia. Preparábamos muchos botiquines para empresas, campamentos de verano y para personas que viajaban a

países con pocos recursos sanitarios. En estos *packs* de primeros auxilios solíamos poner por entonces: aspirinas, mercromina, vendas, gasas, algodón, apósitos, tijeras, pinzas, crema solar, repelente de mosquitos, etcétera. Pero nunca pusimos papel higiénico.

En la última película del director Juan Antonio Bayona «La sociedad de la nieve» nos describe la dura batalla de supervivencia de un grupo de jóvenes después de sufrir un accidente aéreo. Nos muestra las condiciones extremas que sufren los protagonistas, llegando incluso al canibalismo para sobrevivir. Pero en ninguna escena de esta dura película han nombrado el papel higiénico.

Como digo este asunto no lo acabo de entender. ¿Qué nos ocurrió con este producto durante la pandemia? «Cuarto Milenio» le podía dedicar un programa, porque creo que fue un tema del todo paranormal...

No creo que se me olvide nada, me voy al supermercado antes que cierren.

- Boli «Bic».

Voy a comprar otro bolígrafo de repuesto por si mañana me viene la inspiración y consigo escribir el relato.

Miedo

Pilar García Sánchez

Fíjate, niño, que lo que más recuerdo es el miedo.

Me despertaba padre cuando el sol empezaba a asomar por la cima. Sobre la mesa me esperaba un vaso de leche y una rebanada de pan.

—Hoy tampoco irás a la escuela, ya le llevaré a don Paco un borrego.

—Juan, el niño no puede faltar tanto al colegio —protestaba madre.

—Para trabajar no necesita escuela, es más necesario conmigo que sentado en una mesa emborronando papeles con garabatos que no hay quien entienda.

Yo callaba mientras terminaba la leche, me entristecía perderme la lección de don Paco sobre el Cid Campeador y la tabla del cinco.

—Eres un chico listo, Isaac —me decía acariciando mi cabeza—. Dile a tu padre que venga a hablar conmigo.

Después de darle un beso a mis hermanas, cogía el zurrón donde madre había guardado un trozo de pan, tocino y longaniza. Fíjate, niño, que siempre abría el zurrón con la ilusión de encontrar un trozo de chocolate en vez de longaniza. Una vez le dije a madre que no me gustaba la longaniza, que no la pusiera más, esperando que la cambiara por algo dulce, pero ese día solo hubo pan y tocino en el zurrón. Volvió a gustarme la longaniza.

Padre y yo andábamos hasta el corral donde dormían las ovejas. Julepe y Zagal, nuestros mastines, nos acompañaban. Los animales empezaban a balar en cuanto nos sentían, abríamos las puertas del corral y el aire se llenaba con el sonido de los cencerros, mezclado con los ladridos de Julepe, que era el más nervioso de los dos.

—Recuerda que no debes perder ninguna oveja y que no se deben mezclar con las de los vecinos —me advirtió padre—. Cuando empiece a anochecer, vuelves al pueblo.

Empecé a andar hacia el prado donde pastarían ese día, entre la sierra. Con la luz del sol era un paisaje de postal, el color verde predominaba sobre cualquier otro. Si alzabas la mirada, veías las altas cumbres cubiertas de vegetación; en lo más alto, el verde dejaba paso al blanco de la nieve que cubría las cimas casi todo el año; un manto de hierba se extendía sobre el pequeño valle y el agua del río saltaba cantarina entre las rocas, pero de noche... de noche recuerdo el miedo.

Fíjate, niño, que solo tenía once años, uno más de los que tú tienes ahora. Imagínate que un día te despiertas y no tienes una lámpara en la mesilla, sino que debes encender una vela para iluminar la habitación. Para ir al baño no tienes un retrete y tiras de la cadena, sino que debes usar un orinal y un agujero en el suelo. El pan no se compra en el supermercado, debes moler la harina con el torno, hacer la masa añadiendo levadura, sal y agua y cocerlo en un horno calentado por leña. De hecho, imagínate que no existen supermercados ni kioscos donde comprar los cromos de fútbol o las chokolatinas esas que tanto te gustan. Ojalá hubiera tenido yo chokolatinas en el zurrón. Imagínate que no puedes ir al colegio, ni jugar con tus amigos al balón, sino que debes salir a cuidar las ovejas, tú solo, siempre con miedo, pero de día el miedo se distrae...

—Isaac, esta noche la pasas fuera con las ovejas —dijo padre.

Mi cuerpo empezaba a temblar, anticipando el miedo, aunque disimulaba lo mejor que podía para no enfadarle. Su voz rigurosa y firme, riñéndome por cualquier cosa mal hecha, también me daba miedo, pero era un miedo diferente, más cálido y familiar.

En las noches de luna llena el valle estaba iluminado, con la luna nueva cada sombra parecía un jabalí, un zorro o el mismo diablo, y se escuchaban mil ruidos amenazantes. Esa noche de primavera Julepe y Zagal dormían, igual que la mayoría de las ovejas. Yo daba cabezadas, repasando la tabla del ocho que nos había enseñado don Paco esa semana y contando ovejas, aunque ese truco no me ayudaba a conciliar el sueño. Oí un ruido extraño, diferente a los que oía otras noches, y un aullido paralizó mi corazón. Cerré fuerte los ojos, deseando que fuera una pesadilla. Escuché otro aullido más cercano, entreabrí los ojos y los vi: dos lobos aullando al cielo a unos metros del rebaño. Recuerdo el miedo.

Fíjate, querido niño, que a veces la realidad supera a las pesadillas. Desde esa noche, no volví a cuidar las ovejas.

Sólo te pido media hora

María José Cid Prior

Cio-San estaba todavía en la cama, había pasado una noche de perros y dormía a pierna suelta.

Tras remolonear un rato abrió los ojos y se sobresaltó al ver su reflejo en un espejo con forma de guadaña que no recordaba haber comprado. El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho al sentir una presencia cerca: una extraña mujer ocupaba la única silla que había en la habitación. Con una mano aferraba unas flores de cerezo, «sakura» en japonés, reflexionó Cio-San, unas flores que representan la belleza, también la fugacidad de la vida. Con la otra le indicaba que se acercase a ella.

Pensó que seguía dormida, que la visión formaba parte del sueño, pero el frío excesivo que hacía en la estancia y el halo que expelía aquel espectro le erizó el vello de todo el cuerpo. De sus ojos brotaron dos pequeñas lágrimas, era evidente que algo raro estaba pasando.

—¿Acaso era yo la causa de su venida? —pensó, incapaz de articular palabra. La primavera estaba muy avanzada, el calor de los últimos días marchitaba las flores y solo quedaban las hojas secas revoloteando por los parques. Eso tal vez justificara la extraña fragancia que percibe desde que se ha despertado. No, no es normal esta temperatura, y mucho menos a estas horas de la mañana, piensa.

Cio-San le mira a la cara y se le disparan todas las alarmas; su rostro incierto, pálido, rozando lo transparente, la observa con la insistencia de lo ineludible, rogándole con su gesto que se marche con ella. A Cio-San no se le ocurre otra cosa que pedirle tiempo...

—Oh Dios mío, ten misericordia de mí—. Solo te pido media hora.

La mujer asiente y permanece impertérrita sentada en la única silla que hay en la habitación. Se acerca un día de lágrimas y resurgirá de sus cenizas.

Nerviosa, busca algo para ponerse; era en esos momentos cuando se arrepentía de tener la ropa tan desordenada. Encuentra

una camiseta arrugada y unos vaqueros. Se viste deprisa, de manera torpe, y sale precipitadamente de casa dejando la puerta abierta.

Baja las escaleras de cuatro en cuatro. Ha estado a punto de perder el equilibrio y dar con los huesos en el suelo.

Los recuerdos brotan a velocidad de vértigo y se maldice por haberle pedido sólo media hora.

—Tengo que llegar como sea. Intenta organizar los treinta escuálidos minutos. Corre hacia el parque para despedirse de su niñez, de aquellas cálidas tardes de verano que pasaba convirtiendo aquel espacio en su castillo, su barco, su refugio, sus tantas cosas; de aquellas mariposas que compartía con su padre y que le valieron su apodo. «Ven aquí, mariposilla», le decía a menudo. Por su retina pasan cientos de instantes de una vida, ¿su vida? —Apiádate de mi última hora —se repetía como un mantra una y otra vez. No me quiero morir todavía.

—¿Y María? —recordó de pronto—, ¿qué va a pasar con María? tengo que decirle lo que nunca he sido capaz hasta este infausto momento, que la quiero. ¿Me queda tiempo? Mira el reloj, ahora la que está pálida es ella.

Corre por calles y avenidas llenas de gente, apenas le queda aliento. Le sorprende el sonido estridente de un claxon para que se detenga, como si a ella le quedara tiempo para extravagancias.

Sus piernas se aflojan, pero consigue llegar hasta la puerta de casa. Allí está la mujer, sonriente, tendiéndole la mano; rodeada de ese nimbo de misterio que magnifica su belleza. Dispuesta para iniciar el viaje infinito. En un acto reflejo, Cio-San mira hacia atrás y solo ve oscuridad, la imagen de María se desvanece quedando atrapada como una estampa en el tiempo. Por fin reconoce esas oraciones que dice sin sentido y esa música que le ha estado reconcomiendo durante los últimos treinta minutos. Es «Lacrimosa», uno de los movimientos más conocidos del réquiem de Mozart, su obra favorita. Si le hubieran dicho que le acompañaría en sus últimos momentos, se reiría como una loca, pero la acuciante realidad es bien distinta. Nunca hubiera pensado que la recordaría en esos instantes.

En un último intento tiende la mano, pero lo único que siente es un frío desgarrador. Se ha iniciado el viaje. «*Requiem aeternam dona eis, Domine et lux perpetua luceat eis*» (Dales el descanso eterno y que la luz perpetua los ilumine).

P.D. Una nota de la prensa local comunica esta extraña noticia:

La portera de un viejo edificio del barrio antiguo encuentra sin vida a una señora de mediana edad en el portal de su casa, no presenta signos de violencia, la puerta de la vivienda estaba abierta, en el interior no hay desorden, tampoco indicios de que se hayan llevado nada. La policía abre una investigación para esclarecer los hechos...

Piedra contra piedra

Pura Caballero Sánchez

En la noche del 8 al 9 de enero de 1959 se rompió el muro de la presa del embalse de Vega de Tiera, aguas arriba del lago de Sanabria en Zamora. En la riada murieron 144 de los 532 vecinos del pueblo de Ribadelago y sólo se recuperaron 28 cadáveres.

«Me llamo Gloria».

«Yo ya se lo conté a otro señor periodista de Zamora, me dijo que era, pero no me importa repetírselo a usted; yo sé escribir y leer porque voy a la escuela con mi hermano Delio, bueno, iba, porque él también murió, como padre y madre y los gemelos y Sole, la pequeña».

«Sí, todos muertos, la abuela también y el tío Amable, que yo lo vi en lo alto de un árbol, tronchado como una rama; a los otros se los ha tragado el lago, han venido muchos buzos y han sacado a algunos, pero a los míos no, estoy huérfana y no sé dónde ir a llorarlos, no lloro desde esa noche, ¿sabe?, mejor que una piedra grande hubiera aplastado la casa entera, como la Pedro y Pilar con todos dentro, así tendría ahora una tumba para llorar».

«Yo me salvé porque cuando madre me despertó y me dijo que saliera de la casa, que nos ahogábamos, yo salí corriendo, pero ella y padre y Delio se quedaron a coger a los niños chicos y yo salté entre peñas y escuchaba los chillos de mucha gente y el campano de la iglesia que tocaba a rebato».

«No señor periodista, yo no vi cómo los arrastraba el agua, porque los faros de la central se apagaron de pronto y la noche se quedó a oscuras, pero en el fondo del lago estarán, digo, con los animales y los cacharos de las casas».

«No, no sabían nadar, yo tampoco sé, en el pueblo nadie sabe, sólo Tino, el hijo de Don Cayetano, que tiene muchas tierras y está en Salamanca de internado; madre iba a su casa a repasar la ropa cuando la llamaban y padre con las vacas y lo que ganó cuando estuvo trabajando en la construcción de la presa».

«Claro que estuvo, como casi todos los hombres del pueblo, fueron buenos tiempos, había dinero en casa, aunque padre volvía

muchas noches de la obra murmurando lo que le había escuchado al capataz, que a la presa le faltaba cemento y hierro y que la arena era muy mala, no agarraba».

«¿Qué no diga yo eso, que yo no entiendo? Bueno señor, lo que escuché a padre, como lo de las grietas que salieron cuando llenaron a medias y tuvieron los obreros que subir otra vez a taparlas; o como torció la cara cuando nos contó que el ingeniero les había dicho que iban a llenarla del todo».

«Que sí se lo digo, señor periodista, mire que estuve muchos días sin poder hablar, muda del todo, que tenía la garganta como ahogada en la misma tierra y maderos y piedras que bajaron de arriba esa noche, pero ahora ya no puedo parar, no quiero, porque me he quedado sin nadie y sin nada».

«Que sí, que las del auxilio social nos dan de comer y unas mudas de abrigo y sé que hay mucha caridad de gente de toda España y que hasta el Papa ha dado un cáliz y la mujer de Franco no sé qué y los estudiantes de Salamanca, como Tino; pero aquí ha llegado poquito, a mí nada, que sigo sola y recogida en la casa de Eloína, la hija del cartero que también se quedó huérfana».

«Sí, se va a casar pronto, todavía no hemos terminado de contar muertos y muchos mozos se van a casar ahora, la vida sobreponiéndose a la desgracia, dice el cura; yo no, no sé, Tino lleva pretendiéndome desde antes de irse a estudiar y es buen partido, diría madre, el mejor del pueblo».

«Qué sí, que nos han dicho el señor alcalde y el señor gobernador que ha estado aquí, que el Caudillo va a hacer un pueblo nuevo aquí cerca abajo y va a vender las nuevas casas muy baratas, pero es que yo no tengo con qué pagar ni barato ni nada, señor periodista, y con Tino no me quiero casar, aunque ya cumplí 15 años y la ropa la sé reparar».

«¿Que qué es lo que quiero? Que nos digan de verdad, por qué reventó la presa, que el ingeniero no ha vuelto por aquí y el director de la central ha dicho que nos va a regar de pesetas a los vecinos. Será para que nos callemos».

«Yo quiero volver a mi casa, aunque se cayó toda y sé que todas las noches seguiré soñando y despertando con el estruendo de piedra contra piedra».

Poemario

M^a Dolores Olgado

Entre las cenizas, algo chamuscado, pero salvado como por milagro, apareció el poemario. Cuando se lo entregaron, Santiago farfulló entre lágrimas algo sobre unas llamadas, y repetía con insistencia que el precio pagado había sido demasiado alto. Nadie lo entendió.

Por mi parte, y a pesar de que ha pasado ya algo de tiempo, sigo sin poder aceptar lo que ocurrió. Desde aquel día no hago más que pensar en el asunto, y ando por ahí dando vueltas, observando de cerca a Santiago y a mi hijo, pero, sobre todo, observándole a él. Quiero que se acuerde de mí todos los días, que pague por el tiempo que me robó.

Abrí la puerta aquella mañana y allí estaba, diez años después del día en que desapareció de mi vida. No supe qué hacer.

Santiago había salido temprano para asistir a una reunión con su editor, en la que ajustarían los detalles de su último libro, y el niño aún dormía. Mi cara debió mostrar el desconcierto que me produjo su presencia, porque me dijo: «¡No pareces alegrarte mucho! Ya sé que no esperabas volver a verme, pero aquí me tienes».

Un aluvión de escenas del pasado acudió a mi memoria mientras, inmóvil, trataba de ganar tiempo para procesar la situación.

«¿Es que no piensas invitarme a pasar?», señaló con impertinencia. Abrí la puerta y le franqueé la entrada, ¿qué otra cosa podía hacer? Nos sentamos en el sofá y le ofrecí café. Él también estaba nervioso. Enseguida se levantó y se puso a husmear por el salón como un sabueso, deteniéndose en cada cuadro, en cada adorno, en cada fotografía... rastreando las huellas de ese tiempo sobre mi vida, la que podía haber sido nuestra vida.

Le pregunté cómo me había encontrado. Tenía curiosidad por saber quién le había dado mi dirección actual, pero enseguida me arrepentí de haberlo hecho: comprendí que la herida aún no estaba cerrada. Respondió con sarcasmo que, a pesar de haber tenido que

ausentarse durante tantos años, aún conservaba contactos. ¿Por qué habría vuelto? ¿Qué sentido tenía ahora aquella visita?

Volvió a sentarse, esta vez en el sillón que estaba frente al sofá, y me dirigió una mirada oscura y turbia que no fui capaz de sostener. La cafetera, dije, y me levanté para ir a la cocina. Por supuesto que no esperaba volver a verlo, pero siempre tuve la esperanza de que, si regresaba alguna vez, el tiempo habría ya suavizado las aristas.

Mientras servía el café me preguntó por Santiago, y al oírlo derramé un poco sobre el plato. Debió percibir mi temblor, pero no dijo nada. Se echó dos terrones de azúcar y comenzó a explicarme que, en realidad, era a Santiago al que quería ver, lo había visto en una entrevista en televisión y le habían entrado unas ganas enormes de volver a verlo. «El reconocido escritor Santiago Ledezma», dijo, con una socarronería que yo encontré excesiva y fuera de lugar. Me limité a decir que estaba trabajando, y él apostilló que en la entrevista había dicho que solía trabajar en casa. Sí, ¡suele hacerlo!, respondí un poco alterada. Pero hoy ha tenido que salir.

Renegó de su mala suerte. Me pidió que lo llamara y le dijera que estaba allí, que en cuanto lo supiera, vendría. «Estaría bien juntarnos otra vez, ¿no crees?, insistió. ¡Acuérdate! ¡Éramos inseparables!»

Para desviar la atención de un tema tan espinoso, le pregunté dónde había estado y qué había hecho durante todo este tiempo. Cambió el tono para contestar con amargura que se había ido del país para estar lo más lejos posible de una realidad muy dolorosa.

«¡Aquí ya no había sitio para mí!, dijo. Sabes muy bien que mi carrera estaba hundida». Y me dirigió una mirada despreciativa antes de concluir: «¿Quién mejor que tú lo va a saber?»

Le dije que exageraba, que podía haber elegido la sustitución que le ofrecieron cuando cancelaron su plaza, que no tenía sentido volver a hablar de eso... pero lo que yo dijera no iba a servir de nada. Los nervios, el miedo, o lo que fuera, pasaron entonces de mi estómago a mi garganta, sentí que me asfixiaba. Me levanté a por un poco de agua y cuando volví al salón insistió en recordar nuestros años de estudiantes en la universidad.

—Los tres, amigos íntimos —dijo—; los dos enamorados de ti.

—Yo también os quería a los dos —confesé tímidamente en un susurro.

—¡Pero me elegiste a mí, por Dios! —gritó exasperado—. ¡Me habías elegido a mí! ¡Llevábamos casi dos años juntos!

—¡Ya está bien! —le interrumpí sin poder aguantar más.

En ese momento escuché la vocecita de Diego que me llamaba desde su habitación. Subí y le dije que se quedara un rato jugando mientras le preparaba el desayuno. Quería resolver el asunto que tenía entre manos antes de que él bajara.

— ¿Es que no pensabas hablarme de tu familia? —me reclamó cuando volví, señalando la escalera—.

Se hizo un gran silencio. Sentí otra vez el miedo atenazando mi garganta. Entonces se levantó y comenzó a andar por la habitación como una fiera enjaulada: arriba y abajo, arriba y abajo, bordeando la mesa, los sillones, pasando delante de las estanterías... De repente se detuvo ante una de ellas y tomó un libro.

—¡Hombre, la gran obra!: «Poemario», de Santiago Ledezma.

Abrió el libro al azar y leyó:

ALAS

Incipientes alas en tu costado de niña, como botones de luz.

Radiantes, torpes aún, en tu torso adolescente.

Esplendorosas en las mañanas que cabalgas los cielos

y me buscas,

y me rescatas de mí.

Trasparentes en el abrazo sanador que irradias a tu paso
salvándonos a todos.

Ardorosas y vehementes alas, en cuyo fulgor me abraso
cada vez que me amas.

[...]

—¡Sucias alas! —dijo cerrando el libro con rabia.

Mi angustia aumentó.

—No es ninguna gran obra —dije, esbozando un conato de sonrisa para disimular mi nerviosismo.

—¡Por lo menos era mía! —exclamó con rotundidad—.

Su crispación iba en aumento. Pensé que mi hijo no tardaría en bajar y sentí un escalofrío, un mal presagio, algo en mi interior que me indicaba que debía protegerlo.

—Los dos trabajasteis en ese poemario —señalé, tratando de justificar lo injustificable—. Iba a ser un proyecto común.

—¿Cómo puedes defenderlo aún? Cuando sabes perfectamente que la mayoría de esos poemas eran míos, que se los apropió y me dejó fuera cuando supo que su publicación supondría un mérito importante para alcanzar la plaza que estaba en juego...

—De eso hace ya mucho tiempo. No deberías seguir pensando en esas cosas, solo conseguirás hacerte más daño.

—¡Qué sabrás tú de daños...! Mi ingenuidad de entonces me impidió darme cuenta de que nos jugábamos el pack completo, porque tú ya habías conseguido la tuya el año anterior, y porque él nunca aceptó que me eligieras...

—¡Déjalo ya, por favor! —supliqué mientras me levantaba a buscar un cigarrillo.

—Pero cómo iba a dudar de una amistad tan alargada en el tiempo...Mucho antes de ti. Imposible ya, después de ti.

—¿Por qué te fuiste? —insistí de nuevo— ¿Por qué no aceptaste la sustitución que te ofrecieron? Tal vez eso hubiera cambiado las cosas.

—¿A seiscientos kilómetros de aquí? ¿Después de ver como callabas cuando registró el poemario a su nombre negando mi autoría? ¿Después de recordar que en los últimos meses siempre tenías que trabajar hasta tarde los martes y los jueves...? No, gracias. Preferí irme lo más lejos posible.

Metió la cabeza entre las manos y se inclinó hacia delante. Sollozaba.

En ese momento me sentí culpable. Me dolía su dolor, pero, aunque todo lo que relataba fuera cierto, qué podía haber hecho yo.

Los sentimientos no cambian por el hecho de negarlos y, sí, me enamoré de Santiago. Siempre los quise a los dos.

Dieguito se presentó en el salón descalzo, con su osito en la mano, y vino corriendo hacia mí. Él se quedó mirándolo durante un instante eterno, después se acercó y le acarició la espalda. «Iguaitas que las tuyas», dijo. Por un momento me pareció que se enternecía, pero enseguida se recompuso para decir: «Anda, dale el desayuno y vuelve a llevarlo arriba, será solo un ratito. O mejor, llévalo con tu vecina».

Llevé al niño con la vecina y tuve la intención de no volver. ¡Pero cómo no iba a volver! Pensé que mi temor era exagerado, que no pasaría nada, y que si no volvía se pondría más furioso. De todas formas, llamé por teléfono a Santiago para decirle lo que pasaba y pedirle que viniera cuanto antes. Después de tres intentos -debía tenerlo silenciado- le dejé un mensaje.

Volví a casa, y a partir de aquel momento todo se precipitó.

Me pidió otro café y algo más fuerte para acompañarlo. «Un whisky estaría bien», dijo, y saqué la botella.

Entre copa y copa fue desgranando su vida, que quedó esparcida sobre la alfombra como despojos de un barco arrojados a la playa tras la tormenta. Me habló de la soledad, de cómo nos buscó a Santiago y a mí en cada una de las personas que iba conociendo, de dos años de tranquilidad con su mujer y su hijo, del accidente... del desequilibrio...

Me sentí hundida, abrumada por su dolor. Recordé la escueta nota que dejó al marcharse: «Que seas feliz». Y yo lo había sido. Si alguna vez me asaltaba algún sentimiento de culpa, lo desterraba rápidamente entre los brazos de Santiago, o contemplando la sonrisa de mi hijo. Pero ahora estaba ahí, sentado frente a mí, causándome dolor con su dolor, exigiéndome el pago de una deuda no saldada. Me levanté y me serví una copa. ¿Por qué no llegaría Santiago de una vez?

Miró hacia el tocadiscos y sugirió que pusiera algo de música. Como no contesté, se levantó y puso un disco de Sinatra. En ese momento empecé a odiarlo: quería que se fuera, que desapareciera

otra vez, que nunca hubiera venido. Su presencia había impactado en mi vida como un meteorito, y tenía que librarme de él si no quería que nos aplastara a todos.

Propuso que bailáramos una canción. Lo miré sobrecogida y pensé que realmente estaba loco. Esto es absurdo, le dije. ¡Acabemos de una vez con este disparate! Tengo que recoger a mi hijo... Entonces me dirigió una mirada inquietante, llena de tristeza y desesperación. Tuve la impresión de que iba a gritar, o a agredirme, pero solo dijo: «Una nada más y después me voy. Lo prometo». Sentí un escalofrío. Me pareció absurdo, no me gustaba la idea, pero con tal de que se fuera... accedí.

Nos movíamos lentamente al compás de Extraños en la noche. Yo sudaba pensando en lo incongruente de la situación, en el enorme desatino de estar enlazada por unas manos que ya no reconocía, que detestaba, que temía...

De repente, una punzada en el costado, una humedad pegajosa. No sentí dolor, solo una sensación de creciente ingravidez, de ir perdiendo el control de mí misma, unido a un deseo irreprimible de dormir. Abandoné mi cuerpo en sus brazos y él me tendió en el sofá, la cabeza ladeada mirando hacia el suelo, donde vi el abrecartas y la línea fina que, como una cinta escarlata, lo conducía hasta mí.

Después partió en el tren, anestesiado por el alcohol, pero lo suficientemente consciente para saber que jamás encontraría la paz que había venido a buscar. Atrás quedaban, aún calientes, las cenizas de mi casa.

Un lugar en el plano

Julio Rico Cañada

El tiempo, fugaz como un suspiro, como el rayo que precede al trueno, ha pasado tan rápido..., ya hay nieve en mi cabeza y surcos en mi rostro por donde bajan las lágrimas cuando recuerdo aquella noche.

Sentado en el porche de casa la luna dibuja sombras entre las encinas, a pesar del tiempo, los recuerdos vienen a mi memoria como torrentes sin freno y los retengo desde aquellos días que cambiaron la historia de mi país. Cierro los ojos y veo pasar la película de aquellos días, como un sueño, acunado por la brisa en las noches de verano de la dehesa.

Me despierto temprano, controlo los nervios, el aire que viene de la capital no presagia nada bueno, el grupo se reúne, como siempre, en el bar que hay junto a la plaza, al lado del monumento que se va a inaugurar al día siguiente. Esperamos la presencia de autoridades importantes invitadas por nuestro alcalde que siempre ha tenido una gran influencia en la capital.

La inauguración termina pronto, una llamada al grupo nos avisa de lo que está pasando en la capital, el tiempo corre en contra nuestra, tenemos que actuar y esconderle en sitio seguro, las noticias corren por todo el país, el golpe está consolidándose, se busca al presidente, ese es su objetivo.

En la reunión de la noche con el grupo me ofrezco voluntario para esta arriesgada misión, por la mañana salgo de casa con la mochila que contiene lo que ellos quieren conocer, tengo que llegar al hotel para entregar el contenido. Me pongo la peluca que guardo desde hace tiempo, me registro con un nombre falso, Roberto Sánchez, un nombre muy común para no levantar sospechas, si hubiera dado mi verdadero nombre me habrían detenido antes de llegar a la habitación, mi nombre ya es conocido, tienen ojos en todas partes, yo soy el correo que conoce el lugar.

Me tumbo en la cama mirando el techo, blanco como la nieve, escucho ruidos, me levanto de un salto, detrás de la puerta me pongo en alerta, son pasos fuertes, avanzan por la escalera con rapidez. Por la mirilla veo que se llevan detenido a un hombre, lleva una camisa

verde, es mi contacto. También me buscan a mi, el director del hotel intenta convencerles de que no hay ningún cliente con el nombre que buscan.

Han revisado los libros de entrada y ningún nombre es el mío verdadero. Ante la imposibilidad de registrar todas las habitaciones deciden llevarse a mi contacto y montar guardia a la entrada del hotel, es la concesión del director a cambio de no molestar a los clientes.

Tengo que abandonar el hotel y poner en marcha el plan alternativo previsto. La ventana de la habitación no tiene rejas y al otro lado hay un jardín frondoso que facilitará mi huida. Cojo la mochila y salto, un nutrido césped amortigua mi caída, camino por un sendero junto al río durante varias horas.

Estoy perdido, cansado, con frío y hambre y he perdido el miedo a ser descubierto. Las nubes se retiran y la luz de la luna, que hace tiempo me había abandonado, deja ver una casa junto a la vereda por la que camino desde hace rato.

No hay luces, llego a la puerta, llamo despacio, primero un golpe envuelto de timidez y miedo, un segundo golpe, silencio, no hay ruidos en la casa, está vacía o tienen miedo de alguien que va huyendo y también tiene miedo.

Me siento en el umbral, miro las estrellas largo rato, en la oscuridad de la noche nos empequeñecemos, no somos nada, solo un bulto sin rostro, solo oscuridad y silencio, palpo mi mochila, está ahí donde siempre, introduzco la mano en su interior, aquí está esperando llegar a su destino.

Me quedo dormido, sueño largo rato con los buenos tiempos, las tardes de sol y siesta, de paz y sosiego, ahora frío y hambre, frío y miedo. Un ruido me sobresalta, primero lejano, imperceptible, aumenta como una bola de nieve. Me dispongo a correr pero el sonido me resulta familiar, se acerca lentamente, parece un monstruo con un ojo que brilla en la oscuridad de la noche, el tren que va a la capital.

Estoy en la dirección correcta, la vía del tren discurre por un terreno muy despoblado, será mi camino para la huida, me esconderé de día y caminaré de noche junto a ella, esto facilitará mi huida.

En medio de la soledad de la noche el ruido me recuerda a la capital, la estación, la gente deambulando por los andenes. El tren se aleja y de nuevo el silencio me envuelve y me atormenta en la noche trágica de nuestras vidas.

Me despierto, el sol asoma tímidamente por el horizonte, una brisa suave me acaricia el rostro. Un ruido en el interior de la casa me asusta, abren la puerta, estoy cansado, con sueño y aterido de frío, una mujer me saluda, me mira con desconfianza. Le cuento por qué estoy huyendo sin desvelar la misión que tengo encomendada, me comprende, ella también abraza nuestra causa, vive sola, viuda, su nombre es María, su marido murió en esa vía del tren que a mí me dará la vida, me ofrece café, necesito reponer fuerzas.

La casa no es segura, los guardias patrullan por esa zona, puedo esconderme de día en la casa, por la noche, desde el porche vería pasar el tren, mi único contacto con el exterior, los pasajeros serán sombras lejanas y fugaces.

María adivina mi pensamiento, puedes quedarte unos días si crees que ese tiempo dará seguridad a tu huida, la casa tiene un sótano me dice María, quedarme aquí retrasaría mis planes de huida para entregar la mochila, el olvido no es una virtud de los que me persiguen pero unos días aquí podrían alejar su búsqueda por este sitio.

Por la noche, junto a la chimenea, mirando el cielo estrellado por la ventana y la luna que nos alumbraba desde allí arriba hablamos hasta la madrugada, la desconfianza y el miedo van desapareciendo entre nosotros, María me cuenta que esa es la casa de sus padres donde ella había nacido, esa es la razón por la que sigue ahí desde que murió su marido.

El tiempo pasa rápido, siempre hay un final, tengo que salir de la casa, ya no es segura, las patrullas intensifican la búsqueda de otros que como yo también están huyendo, malos tiempos para pensar diferente.

El adiós a María me hiere por dentro, le prometo que volveremos a encontrarnos en otro tiempo y en otras circunstancias.

Palpo otra vez mi mochila y comienzo otra vez mi huida, los días son eternos, escondido entre los matorrales del bosque, las noches, caminando junto a la vía me animan a seguir, tengo que llegar a la

capital y entregar la mochila, sin ella la huida será menos peligrosa, mi misión habrá terminado.

Después de varios días llego a la capital, mi contacto está en uno de los pisos que tiene nuestro grupo, no conozco bien la ciudad pero tengo una referencia que me permitirá encontrarlo, es necesario que entregue pronto la mochila y su contenido, su vida corre peligro si no consiguen sacarlo del país.

Busco el edificio junto al campo de fútbol, la referencia para encontrar a mi contacto, en el portal un grupo de personas discuten acaloradamente, de pronto se oyen disparos, el grupo se disuelve con rapidez, la policía se lleva detenido a una pareja que acaba de robar en una tienda, falsa alarma, por un momento pienso que han descubierto el lugar donde tengo que entregar la mochila.

Entro con cautela, no hay ascensor, subo las escaleras en silencio, una mujer me da los buenos días y añade: «voy a la frutería», esa era la clave convenida, dejo la mochila en un peldaño y comienzo a bajar las escaleras, recoge la mochila y sube con rapidez, el plano donde está escondido el presidente está a salvo, mi trabajo ha terminado.

Una lluvia fina y constante moja la tierra, seca durante todo el verano, huele a tierra mojada, el otoño llama a la puerta, la vida vuelve a las secas tierras de nuestros campos, María me mira, coge mi mano y adivina mi pensamiento.

Corazón distinto

Carolina Gutiérrez

Con amor para todos los seres maravillosamente distintos.

Recuerdo con claridad ese día. Abrí los ojos: aún seguía vivo. ¿Cómo podía ser? Notaba un corazón latir dentro de mí, un corazón ajeno, fuerte y vigoroso. Desde que tengo memoria, el mío siempre había sido débil, de latidos cansados. La herida en mi pecho confirmaba lo que pensé que nunca ocurriría. Un donante había aparecido.

Con el pasar de los días me sentía más fuerte, como jamás lo había estado. Mi cuerpo y mi respiración se fortalecían, el corazón funcionaba. De alguna forma, no era yo mismo. Comencé a pensar distinto, a sentir distinto y creo que hasta caminar distinto. De hecho, fue justamente caminando cuando la vida me volvió a cruzar con Jacinto, aquel viejo compañero de la escuela, aquel mismo a quien sorprendí tiempo atrás en el teatro con su amante. Como si se tratara de una cruel broma del destino, en cuanto me paré a saludarlo me gritó a la cara: «Tú no mereces ese corazón. Tú menos que nadie. Tú eres el culpable de la muerte de Marcelino y llevas dentro lo mejor de él». La identidad de mi donante ya había sido respondida.

Tras sus palabras vino a mi memoria aquella noche en el teatro, luego del concierto, cuando hacía mi recorrido nocturno para inspeccionar que no quedara nadie en la sala ni en los pasillos. Fue entonces cuando los encontré follando detrás del telón, dos hombres en actitud contra natura. Me sentí asqueado y, de inmediato, les grité: «Vayan a follar a otro lado, maricones de mierda». Huyeron a la calle, desfavoridos, sin tiempo siquiera para cubrirse, de manera que la desnudez de sus cuerpos ante ojos de extraños fuera su propia vergüenza. Los días siguientes viví atormentado por lo que mis ojos habían visto. La rabia me consumía, aquella perversión debía ser castigada.

Mi venganza hacia ellos fue implacable, tenía que darles una lección. Les conté lo que había visto aquel día a unos amigos que compartían mi aversión hacia los raritos y juntos planeamos esperarlos en el puente. El día acordado la ansiedad me consumía, la

ira y el estrés resultaban incontenibles. Mientras mis amigos cumplían con el plan acordado, mi corazón colapsó y tuve que ser llevado a urgencias. Mi viejo y cansado motor no aguantaba un día más.

Jacinto logró sobrevivir a la paliza, pero Marcelino fue arrojado del puente y cayó a las aguas congeladas del río. Su cuerpo fue encontrado varias horas después, semiinconsciente, con apenas un halo de vida que tomaba cuerpo en un tenue hilo de vaho que exhalaba de su boca ensangrentada. La crueldad del destino parecía tener planeado que esa misma noche su corazón reemplazara al mío.

Después de descubrir por casualidad quién había sido mi donante, mi alma era un torbellino. No sabía si arrancarme el corazón que vivía dentro de mí o dar gracias por cada uno de los latidos que me mantenían vivo. ¿Cómo podía tener el órgano de alguien a quien repudiaba tanto? ¿Qué había hecho yo para merecer semejante castigo? Ni en mis peores pesadillas imaginé que su corazón podía estar latiendo en mí pecho.

Mi odio hacia él era sólo por ser quien era, por ser distinto y amar de forma diferente a como yo concebía el amor. ¿Era cuestión de tiempo? ¿Sería contagiosa aquella perversión? ¿Cuántos días me quedaban para dejar de ser un *hombre*? ¿Cuánto tiempo había de pasar antes de convertirme en lo que tanto odiaba? No había peor castigo que aquel. Sin embargo, aquel castigo me mantenía vivo.

Las semanas pasaban y mi odio iba cesando, mi mente se serenaba. Cada vez más tranquilo, observaba de forma distinta todo lo que me rodeaba. Mis nuevos latidos me volvieron otro. Comencé a ver el amor en todas partes. En el niño que se despide de su madre con un tierno beso a la entrada del cole. En el mendigo tirado en el suelo abrazando a su fiel perro. En las cigüeñas calentando pacientes sus nidos. O en una pareja de ancianos agarrados de la mano, enamorados aún en el ocaso de sus años.

Descubrí entonces que el amor siempre había estado allí, presente en todos lados y se manifestaba de muchas formas. ¿Cómo había podido ser tan ciego y no verlo? ¿Tan intolerante como para no aceptarlo? ¿Quién era yo para imponer una única forma de amor a los demás? Mis pensamientos fueron cambiando, mis viejos conceptos reemplazados por nuevos. El repulsivo había sido siempre

yo, no aquellos dos amantes del teatro. Sólo eran dos seres humanos amándose.

Poco a poco fui aceptando las directrices de este corazón prestado, el regalo inmerecido que la vida me había concedido. Un profundo sentimiento de gratitud embargó mi alma y, si bien sentía por momentos que no era digno de portarlo, comencé a agradecerle cada uno de sus latidos.

Y me puse el vestido verde

Clara Isabel Gómez Nestares

—Ya te digo yo que los tíos de nuestra edad son unos muermos. O están en pareja o de duelo, y sólo quieren que les consueles; o aquí te pillo, aquí te mato, y si te vi no me acuerdo —relataba mi amiga.

—¡Mujer, no digas eso! No todos los hombres son así —respondí.

—Tú es que eres una bendita y sigues enamorada de tu Pedro —colgó, dando por terminada una larga conversación que se había hecho habitual cuando los niños ya estaban en la cama.

¿Qué sabrás tú? Pensé, mientras me recolocaba la almohada en mi dormitorio. Eran las diez y media de la noche y la casa estaba en silencio. Corregiría ejercicios, leería un capítulo, pero mi mente bullía. No era la primera vez que mi amiga me lanzaba aquella perorata sobre el género masculino y me quedé pensando. La vida con Pedro no estuvo mal y me dejó dos hijos maravillosos y una casa, pero... no fue para tirar cohetes. Tan diferente de lo que yo había soñado con viajes y amigos; con diversión, risas y alguna locura. Lo más, un crucero por las Islas Griegas, y eso porque yo me empeñé. Hacíamos buena pareja, eso sí, pero me tenía que poner manoleínas para no parecer más alta que él.

—Pedro era ¡un buen hombre! Y qué bien que te dejara todo en regla cuando murió. No sabes los problemas y el dineral que te has ahorrado en notario y escrituras —decía mi madre. Ella había estado encantada con su yerno, siempre tan amable y educado, tan limpio y formal.

Y en ese momento, miré la huella de la alianza en mi mano morena. Me la había quitado hacía una semana, al volver de la playa. Empezaba el curso y yo sentí, que, tras dos años de duelo tranquilo, era hora de pasar página.

Y ya, al filo de la medianoche, me levanté y fui al armario. Allí estaba ese vestido verde que me compré en las rebajas y aún no he estrenado. Y dancé con Leonard Cohen... «*Dance me to the end of love*» por toda la habitación. Me acosté agitada y feliz, con la voz melosa de Cohen dando vueltas en mi cabeza hasta que me dormí.

A la mañana siguiente, ese latiguillo que me asfixia volvió a rondarme. ¡Harta, harta! Ya no soporto tanta carga, tanta rutina. Me miré en el espejo del recibidor y me devolvió la imagen de una mujer de buena presencia y entradita en carnes. ¡Estoy bien! Pero, aguantar y quejarme, esa era mi vida. Menudo binomio. Estoy partida. Quiero y no puedo. Se me va la fuerza por la boca y luego sigo, amargada, con mi dinámica de siempre. «Venga, chicos, ¡iqué vamos tarde!». Mi existencia está pintada de grises con jirones naranjas, pero no encuentro mi norte.

Y, por si fuera poco, los perros. Sí, ya sé que los perros son cosa mía, los quise yo. Son un amor, me dan la vida. Dependen de mí y yo disfruto verlos correr por el parque canino que nos ha puesto el ayuntamiento, ¡iqué buen invento! porque, pobrecillos, todo el día con la correa al cuello, no me parece.

Y tuve eso, ¡un día de perros!

Estuve gran parte del día abstraída y dando vueltas sobre lo mismo. Cuando enviudé, pensé que iba a ser libre. Libertad, hueca palabra. Menudo engaño para las mujeres. Sabes qué pienso: que el ayuntamiento también podría poner un parque donde las colgadas como yo pudiéramos correr sin freno. Aurora, ¡vive, que se te están pasando los años! ¡Como si fuera fácil! Yo no puedo despegarme de los niños, soy madre y padre. Tengo mis obligaciones con mi madre y mi hermano. La casa no digamos, que todas las casas necesitan mantenimiento y este año toca pintar la fachada. Empiezo a ahogarme. Me acuerdo de aquello «Eso tiene ser mujer. Malditas sean las mujeres» que decían en aquella obra de teatro lorquiana. Nunca he creído en eso, pero, vivo para todos menos para mí. Un finde de chicas, dicen mis compañeras, ¡cuánto me gustaría! Y me pondría el vestido verde.

—Tú no tienes derecho a quejarte de nada. Tienes una familia, tienes trabajo, tienes casa. Bueno, sí, que estás viuda. Pero mejor, así no tienes que aguantar a nadie —dice mi amiga.

Y tiene razón, pero me sublevo. Pienso que me puede la rutina. Aunque no paro y no tengo un minuto para mí. «*Dance me to the end of love*»... Si yo pudiera escribir el guion de mi vida, me quedaría con mis hijos, claro está, ¡mis niños preciosos! ¡Y con los perros! Sería una mujer más valiosa, más enérgica, más libre. Ya no más agradar por agradar. Viviría para mi propósito, ese fuego que alimentaría mis

días y que sería más fuerte que cualquier pensamiento, que cualquier excusa. Ya no más «síndrome de Penélope». Navegaría con quienes, con valentía, se animan a ir hasta la frontera de sus límites y con coraje cruzarlos. ¡Esa sería yo! Y una música de fanfarria subrayó mis palabras al tiempo que un viento imaginario, al estilo de las películas, agitaba mi pelo.

Y mientras tanto, en la vida real, tuve que acercarme al supermercado, porque me faltaban unas cosillas. Mientras conducía por la ciudad, me atacaron mis diablos y no supe responder a preguntas básicas como: ¿cuál es mi sueño?, ¿qué quiero realmente?, ¿de qué me puedo liberar de mi vida monomarental?, ¿será que necesito un novio? No. Eso lo tengo claro. Esta angustia no es necesidad de bragueta. Bueno, sí, y me reí pensando en todas las ocasiones que me perdí. Tanto que casi me choco con el coche del otro carril, cuyo conductor me dijo una grosería por ser mujer. ¡Capullo! Ahora ya no me surgen ni oportunidades, sólo trabajo, casa, niños, madre y ¡hermano!

Pero no es lo primordial, no, no necesito un novio, necesito ser yo misma y mientras me limpiaba la cara frente al espejo del baño y en camisón, me dije que éste iba a ser mi año. Voy a cambiar, sí. Tengo que trabajármelo porque aún no sé qué quiero hacer con mi vida. Y de nuevo me acordé del vestido verde y de «*Dance me to the end of love*»... ¡Soy una romántica!, pero también soy pragmática y, por supuesto, sé usar las neuronas que la vida me otorgó. Un día de éstos me lo pongo.

—Hola, ¿me puedo sentar? —me dijo, mientras su pastor alemán corría alegre y sin freno.

—¡Claro! Y seguí ensimismada. Cuánto tiempo hace que no te gastas dinero en ti... ¿deberías ir a terapia?, ¿a yoga?, ¿apuntarme a un club de escritura? Siempre me ha gustado escribir y tengo montones de cuadernos con pulcra letra infantil. Mi vida en unas páginas, pero siempre quejándome, corriendo tras sueños imposibles. Una fuerte ráfaga de viento alborotó mi pelo y cayeron las primeras hojas. Con el viento se me agitó la consciencia. No. Ya no más quejas. Se acabaron. Y otra vez los querubines tomaron sus instrumentos, pero no les dejé.

Al cabo de un rato, el hombre del banco se levantó y tocándose el ala del sombrero, echó a andar. Entonces me di cuenta de su porte

atlético y elegante. Le he visto más días en el parque canino y hoy ha vuelto a sentarse en mi banco y hemos hablado de banalidades.

Al pasar por la librería del barrio, me he comprado una libreta de esas que tienen las pastas impresas con dibujos arabescos en relieve y, sin pensar, he escrito: «Sal de Ítaca, Penélope. El mar también es tuyo» ¹.

¹ Del poemario «Compás de espera», de Carmen Losa, que se hizo popular en las manifestaciones del 8M.

Mérida, enero de 2025



